

PASTORALIA

REVISTA DE PASTORAL N°76

Vicaría para la Pastoral | Diócesis de Ourense



“EN ÉL
HE PUESTO MI
ESPERANZA”

(IS 8, 17B)

Revista cuatrimestral de la Vicaría para la Pastoral
Obispado de Ourense
Rúa Progreso 26
32003 Ourense
vipastoral@obispadodeourense.com
www.obispadodeourense.com
Teléfono 988366141

Edición: *Vicaría para la Pastoral*



ADVIENTO 2024

UNA OPORTUNIDAD PARA RECREAR LA ESPERANZA

No es fácil la esperanza hoy. Quizás no lo haya sido nunca. Pero por muchas circunstancias, en este tiempo se hace más visible el temor, la inseguridad, la desconfianza. Por ello el Adviento puede ser una bocanada de aire renovador en nuestra historia. En este tiempo litúrgico se nos invita a actualizar la venida del Salvador reviviendo que Jesús acampó en nuestra historia y ha sembrado semillas de esperanza en lo más profundo del ser humano y las sigue esparciendo para que no dejemos de mirar a la meta final, su vuelta gloriosa. ¿No escuchaste sus pasos silenciosos en la noche? ¿No oíste el latido de su corazón derramando ternura y amor entrañable? ¿No sentiste su Palabra de vida acariciando nuestras penas y levantando nuestra vida? ¿No viste una luz brillando humilde y sencilla en medio de la noche del dolor y la tristeza? ¿No sentiste esa voz, tenue y firme a la vez, que te invita a levantar la mirada y descubrir esa meta hacia la cual caminamos? Quizás el ruido, el desencanto, la depresión, la sensación de que los frutos no son los deseados y la mirada negativa que nos impide ver oportunidades en medio de los nubarrones de nuestro tiempo, no nos permiten percibir el rumor de su palabra: *yo estaré con vosotros todos los días* (Mt 28,29). Pero, aún en esta estepa de la historia que vivimos podemos decir confiados: *en Él he puesto mi esperanza* (Is 8,17b) y seguir caminando.

En este Adviento, desde estas páginas, queremos gritarte, a las puertas del Año Jubilar: Atrévete a esperar con Jesús una humanidad más confiada; una convivencia más humana; un futuro ilusionante; una paz más duradera; una justicia más humana; una fraternidad más real en medio de tanto individualismo; una familia donde el amor vence al egoísmo individualista y acomodado; una Iglesia más “de todos, todos, todos”, más viva, testimonial y acogedora, si quieres más sinodal. Porque, como nos recuerda el Concilio Vaticano II, *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón* (GS 1).



**Cuando la piedra se
movió, la esperanza
de la humanidad
comenzó a latir.**

Acepta, en este tiempo de preparación a la Navidad, el reto del Espíritu y ponte en movimiento, “*sal de tu tierra*” (Gn 12,1), de tus miedos y círculos cerrados para anunciar a Cristo nuestra esperanza. Sé portador de la Buena Nueva de la misericordia y el consuelo. En medio de tanto individualismo realiza signos de justicia compartiendo tu tiempo y tus bienes, con quien vive en soledad o carece de lo necesario. Sé constructor de paz y convivencia con gestos de ternura en medio de tantas palabras agresivas y descalificantes. Alimenta sonrisas y empatía en un mundo enfrentado y donde el ruido de las armas, quieren apagar la voz de la Palabra que viene a plantar su tienda entre nosotros. Mira al Dios que viene. Sí, viene hoy y volverá al final, y apoyados en su gracia trabajemos por una sociedad donde los fuertes estén abajo, los débiles arriba y el niño en la cumbre, como decía aquella hermosa plegaria con que terminaban las actuaciones del Circo de los Muchachos de Bemposta.

Sitúate en el mundo como el Padre quiere: con mirada limpia y acogedora, con sentimientos de ternura y compasión, con iniciativas a favor de los excluidos. Con un estilo de vida sinodal dispuesto a escuchar, a salir de ti mismo y de tus “verdades cerradas” para abrirte a la riqueza del otro y enriquecer la Iglesia venciendo el *clericalismo bilateral* (por una parte el clero que impone su criterio sin contar con el pueblo, por otra el pueblo que pasivamente delega todo en el clero) y practicando la *conversación en el Espíritu*. Grita, en medio de este mundo, que parece no necesitar a Dios, ¡Ven, Señor, Jesús! ¡Ven que te necesitamos! Busquémosle, generemos espacios de encuentro donde compartir experiencias de fe, celebremos con gozo la esperanza de la venida del Señor y caminemos como “testigos de esperanza”, acogiendo y practicando la misericordia del Dios que trae salvación.

Estas páginas, escritas con el corazón y la lucidez de cuántos generosamente comparten su reflexión con nosotros, son un testimonio de la Esperanza que nos guía en el camino de este curso pastoral al encuentro del Dios hecho hombre convencido de que *en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado* (GS 22) y Cristo nuestra esperanza no nos defrauda.

Así te invitamos a caminar en este tiempo
confiando porque

“en Él he puesto mi esperanza” (Is 8,17b)

A nativity scene set against a dark blue night sky. A bright, multi-pointed star shines in the upper left. In the foreground, several white ceramic sheep and a brown ceramic donkey are gathered around a wooden manger. The manger contains a white cloth and some straw. The scene is lit with a soft blue light, creating a serene and hopeful atmosphere.

¡Ven, Señor, Jesús!

¡Ven que te necesitamos!

Busquémosle, generemos espacios de encuentro
donde compartir experiencias de fe, **celebre**
mos con gozo la esperanza de la venida del Señor y
caminemos como “testigos de esperanza”,
acogiendo y practicando la misericordia
del Dios que trae salvación.

ÍNDICE

SALUDO DE NUESTRO OBISPO	7
--------------------------------	---

ESPERANDO AL RITMO DE LA PALABRA DE DIOS.....14

IDE E FACEDE DISCÍPULOS Eu Estou Convosco.....	15
COMENTARIO BÍBLICO-TEOLÓGICO DO LEMA	
DO CURSO PASTORAL 2024-2025, “Sae da túa terra” (Xen 12,1).....	18
LA ESPERANZA EN TIEMPOS DE TURBULENCIA	
“en Él he puesto mi Esperanza” (Isaías 8,17b).....	21

LA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA.....24

LA ESPERANZA Y LA ESCATOLOGÍA.	
Propuesta de relectura de la Encíclica <i>Spe Salvi</i>	25
LA ESPERANZA COMO VIRTUD TEOLOGAL Y MORAL.....	28
EL EJERCICIO DE LA ESPERANZA	
a través de los Sacramentos de Sanación « <i>Spes non confundit</i> ».....	31
EL ANUNCIO DE LA ESPERANZA En La Muerte Cristiana.....	33

PEREGRINOS DE LA ESPERANZA.....36

A LAS PUERTAS DEL AÑO JUBILAR 2025	
Comentario al lema a la luz de la bula	
“la esperanza no defrauda”	37
MISERICORDIA DE DIOS E INDULGENCIA JUBILAR.....	39
EL AÑO JUBILAR, camino de esperanza para los pobres.....	42
ABRIR LA PUERTA A LA ESPERANZA:	
Puerta santa y sacramentos de curación en la vida y	
comunidad cristiana.....	44

CAMINANDO JUNTOS EN ESPERANZA.....46

LA VIDA CONSAGRADA SEMBRADORA DE ESPERANZA.....	47
LA REINA DE LA PAZ EN MEDJUGORJE.....	49
CONGRESO DE VOCACIONES 2025.	
Asamblea de llamados para la misión.....	54
FR. JUAN JACOBO, Un Orensano En Los Altares.....	56
LA PARROQUIA, CASA DE ESPERANZA.....	58
EL SACERDOTE... Llamado A Dar Razón De Su Esperanza.....	61
DIACONADO PERMANENTE: Una Esperanza Para La Iglesia.....	63

Saludo de nuestro Obispo

PEREGRINOS DE LA ESPERANZA

1. Celebrar un Jubileo

La nueva tarea evangelizadora de la que nos hablan con insistencia los últimos papas es la actividad que abarca todo el dinamismo que caracteriza la vida de la Iglesia. La Iglesia existe para evangelizar¹. Ya san Pablo VI nos recordaba que el fin de la Iglesia es llevar a cabo el anuncio, al mundo entero, de la “buena noticia” de la resurrección de Jesucristo. Somos conscientes de que no existe una verdadera evangelización si no anuncia *el nombre, la enseñanza, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios (...)* La historia de la Iglesia, a partir del discurso de Pedro en la mañana de Pentecostés, se entremezcla y se confunde con la historia de este anuncio. En cada nueva etapa de la historia humana, la Iglesia impulsada continuamente por el deseo de evangelizar, no tiene más que una preocupación: *¿a quién enviar para anunciar este misterio? ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Este anuncio –kerigma, predicación o catequesis– adquiere un puesto tan importante en la evangelización que con frecuencia es en realidad sinónimo².*

En este mismo sentido, el papa Francisco, con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) también se preocupa por el anuncio del Evangelio al mundo de hoy y a sus gentes. Y en la bula con la que ha convocado a toda la Iglesia a este Jubileo ordinario de 2025, como sucesor de Pedro, nos invita a todos a que nos convirtamos en “peregrinos de esperanza” de tal modo que este tiempo de gracia sea para los fieles *“un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús «puerta» de salvación (cf. Jn 10, 7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1Tm 1,1)”*³.

1 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n° 14.

2 Ibid., n° 22.

3 FRANCISCO, Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025, *Spes non confundit*, n° 1. (A partir de ahora cuando se cite este documento sólo se utilizará esta referencia: *Bula 2025*).



✠ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

La revista **Pastoralia** de Adviento 2024 se acerca a nosotros y el tema de fondo es, no podría ser de otro modo: **la esperanza**. Si existe alguna virtud que pudiera definir y sintetizar la riqueza de este tiempo litúrgico, sin ninguna duda esta es la esperanza. Y, curiosamente, esta realidad está impregnando todo el sentido de próximo Año Jubilar 2025, de tal modo que constituye el mensaje central del mismo.

2. *Somos peregrinos*

El mismo Jesucristo, como peregrino y, sobre todo como “nuestra esperanza”, camina junto a los que queremos ser discípulos y desea revelarnos los secretos del Padre, de tal modo que se puede hacer realidad aquellas palabras llenas de consuelo que nos ayudan a *creer, esperar y amar*, y que es la experiencia vivida por los dos discípulos de Emaús: *Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída* (Lc 24,29).

Por otra parte, se nos invita a cruzar el umbral de la Puerta Santa, aunque sea simbólicamente, y el peregrino debe recordar aquel texto del Evangelio: *Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos* (Jn 10, 9). Con este gesto el peregrino expresa su decisión de seguir y dejarse guiar por Jesús, que es el Buen Pastor. La puerta es también un paso que conduce al interior de un templo singular. Para la comunidad cristiana, el templo no es solo el espacio de lo sagrado, al cual uno se debe aproximar con respeto, con un comportamiento preciso

y una vestimenta adecuada, sino que es signo de la comunión que une a todo creyente con Cristo: es el lugar del encuentro y del diálogo, de la reconciliación y de la paz, es el espacio de la Iglesia como comunidad de fieles.

Además de la apertura de las puertas en las basílicas patriarcales de Roma el Papa establece, que el **domingo 29 de diciembre de 2024**, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía para unirse a la apertura solemne del Año Jubilar, según el ritual que se preparará para la ocasión por el *Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*. El rito que moderará esta celebración no establece que se abra ninguna Puerta Santa en ningún otro templo del orbe católico. Este es un signo de que, mirando a Roma, cada Diócesis se una a la celebración del Jubileo de la Iglesia universal y, al mismo tiempo, será también una celebración litúrgica importante para cada una de las Iglesias locales, ya que la Iglesia es una y única⁴.

Como “peregrinos de esperanza” nos pone-

⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium*, n° 23.



mos en camino hacia una meta. El peregrino sabe bien de dónde parte y hacia dónde se dirige; es muy diferente al turista o a aquel que se pone en camino por puro *hobby* y que camina de un lugar para otro y no tiene una meta definida, sólo observa, mira, hace fotografías y pasa a otra cosa. *Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial*⁵. El papa Francisco nos recuerda que los peregrinos de este Jubileo recorrerán caminos antiguos y modernos, pero se añadirán otros nuevos itinerarios de fe y siempre es bueno que nos dejemos llevar de ese recto espíritu creativo que tantas veces nos aconseja el Santo Padre.

Por consiguiente, para vivir bien este Jubileo se nos pide que nos pongamos en camino y que superemos todo aquello que pretende limitarnos y clausurarnos en los límites de nuestra autoreferencialidad. Cuando nos movemos, de hecho, no sólo cambiamos de lugar, sino que de alguna manera experimentamos una transformación dentro de nosotros mismos. Por eso, es importante prepararse, planificar el trayecto y conocer la meta. En este sentido la peregrinación que caracteriza este Año Santo empieza antes de que nos pongamos en movimiento: su punto de partida es acoger la invitación que nos hace el Papa con la Bula *Spes non confundit*, leerla y meditarla y, después, tomar la decisión de ponernos en camino. La etimología de la palabra «peregrinación» es muy expresiva y ha experimentado pocos cambios de significado. En efecto, deriva del latín *per ager*, el que camina “a través de los campos”, o *per eger*, que significa “cruce de frontera”; ambas raíces subrayan un mismo común denominador que es su aspecto distintivo y que implica emprender un viaje.

Toda peregrinación realizada desde la fe, es

una experiencia que entronca siempre con la de Abraham; en la Biblia viene descrito como una persona en camino: *Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre* (Gn 12,1). Con estas palabras comienza su aventura, que termina en la Tierra Prometida, donde es recordado como un *arameo errante* (Dt 26,5). También en el ministerio público de Jesús nos encontramos con un viaje desde Galilea hacia la Ciudad Santa: *Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén* (Lc 9,51). Él mismo llama a los discípulos a recorrer este camino y todavía hoy los cristianos son aquellos que lo siguen y se proponen acompañarlo. De ahí que esta peregrinación a la que se nos invita, también debe ser vivida como un redescubrimiento de nuestra vida de fe. No nos olvidemos que entre los elementos oracionales que se nos recomienda para ganar la indulgencia jubilar está, ya lo decíamos más arriba, recitar el *Símbolo de la fe*. Por eso, *la esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las «virtudes teologales», que expresan la esencia de la vida cristiana (...) Sí, necesitamos que «sobreabunde la esperanza» (cf. Rm 15, 13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta*⁶.

Desde esta perspectiva la peregrinación a la que nos invita el Santo Padre debe ayudarnos a descubrir los «signos de los tiempos», que se van desplegando delante de nosotros y poseen en sí la capacidad de sorprendernos cotidianamente. Hay varios itinerarios para elegir, diferentes estilos de proyectar el camino; son muchos los lugares por descubrir que no lo hemos hecho antes; las situaciones, las catequesis, los ritos y las liturgias, los mismos compañeros de viaje, que cambian a lo largo de recorrido, permiten enriquecerlo con nuevos contenidos y perspectivas. La peregrinación es una experiencia de conversión,

⁵ Bula 2025, nº 18.

de cambio de la propia existencia para orientarla hacia la santidad de Dios.

2. Celebraciones litúrgicas para renovar la esperanza

Las celebraciones litúrgicas tienen una gran importancia en la vida de un cristiano debido a su papel en la expresión y vivencia comunitaria de la fe, así como en la profundización de la relación personal y comunitaria con Dios. La participación en la Eucaristía y en los demás sacramentos se debe intensificar mucho más, pero para que estos acontecimientos de salvación sean más efectivos deben estar siempre precedidos por una catequesis y una preparación adecuada porque son medios a través de los cuales los fieles reciben la gracia de Dios de manera tangible. Es importante volver a repetir que estas celebraciones deben ser cuidadosamente preparadas y celebradas, pensando siempre en que sean un verdadero encuentro con Cristo y todos los fieles puedan participar así activamente en ellas.

Durante este tiempo de Adviento nos prepararemos para las fiestas de Navidad y, este año, de manera especial la Iglesia nos invita a vivir celebraciones importantes desde la perspectiva de la peregrinación jubilar, aunque no podamos visitar la Ciudad Eterna: la celebración comunitaria del Sacramento de la Penitencia en la que los fieles son llamados a una profunda conversión y renovación espiritual, cuyo signo externo será luego comprender la vida como un camino de esperanza. Se trata de vivir el Sacramento de la Reconciliación, de aprovechar este tiempo para redescubrir el valor de la Confesión y recibir personalmente el don del perdón de Dios. El tiempo litúrgico del Adviento y de la Navidad, así como el Año Jubilar que iniciaremos en el ámbito de las fiestas navideñas serán un signo de reconciliación, porque abren un «tiempo favorable» (cfr. 2 Cor 6,2) para la propia conversión, poniendo a Dios en el centro de nuestra existencia. No podemos pasar por alto otras celebraciones sencillas pero muy elocuentes como es el caso de realizar la bendición la Corona del Adviento, árbol de Navidad, las imágenes del Niño Jesús; o bien, antes de iniciar una peregrinación a Roma, o a otro lugar santo, en el marco de la misma comunidad cristiana de referencia, se puede celebrar el envío de los peregrinos, contenida en el *Bendicional*.

Si todo lo anterior es bueno, que es mucho, más importante es preparar bien y darle un buen sentido catecumenal





a la Eucaristía, poder celebrarla y vivirla incluso diariamente, porque es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana». En la celebración Eucarística, se recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo: él se convierte para nosotros en ese peregrino desconocido» que camina junto a los discípulos y les va desvelando los secretos escondidos en el misterio de la Santa Trinidad, de tal modo que si actuamos así podemos decir: *Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída* (Lc 24,29).

El próximo año 2025 debemos de vivir experiencias de peregrinación, son muchos los lugares en nuestra Diócesis que pueden convertirse en lugares para vivir esta experiencia jubilar; no nos olvidemos de que esta experiencia estará siempre jalónada de etapas y de momentos diversos a lo largo de la jornada, debe estar impregnada por la dinámica de la oración, tanto personal como aquella de la Liturgia de las Horas, oración pública de la Iglesia, de manera especial las Laudes y las Vísperas, y aconsejaría que, como último momento del día se le ayudase a los fieles a descubrir la belleza y sencillez de las Completas –unidas a la práctica ascética del examen de conciencia–, de este modo todo el día estaría santificando.

En la sociedad contemporánea no debemos tener recelo a la hora de presentar a los fieles, también a los jóvenes, la importancia que tiene la oración en la vida del cristiano – así nos lo ha recomendado el Santo Padre a lo largo de este año 2024 - y, al mismo tiempo, hacerles descubrir no sólo la belleza de esta acción, sino la importancia que tienen a la hora de lograr la paz y la serenidad en el espíritu, así como la vía oportuna para abrirnos al querer de Dios. En el contexto de la comunidad cristiana es donde nos sentimos llamados para dirigirnos al Padre de las misericordias porque hemos recibido el Espíritu del Hijo. Y es, de hecho, Jesús quien ha confiado a sus discípulos la oración del *Padrenuestro*⁷. La tradición cristiana ofrece otros textos, como el *Avemaría*, que ayudan a encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a Dios: *Mediante una transmisión viva, la Sagrada Tradición, el Espíritu Santo, la Iglesia, enseña a orar a los hijos de Dios*⁸. Los momentos de oración nos ayudan a descubrir que el cristiano, que se siente peregrino, posee los caminos de Dios

⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2759, 2765.

⁸ *Ibid.* nn. 2550-2660.

“en su corazón” (Sal 83,6). Os invito a que durante el año próximo le demos a nuestros encuentros pastorales y a las celebraciones litúrgicas un sentido jubilar, porque serán muchos los fieles que no podrán ir a Roma, de ahí que, durante el Jubileo, podemos presentar las celebraciones litúrgicas habituales y extraordinarias como momentos privilegiados para recibir la gracia de Dios, especialmente la indulgencia plenaria.

4. *La Indulgencia Plenaria*

El Dicasterio responsable de organizar los eventos del Año Santo 2025 nos ha querido recordar que un signo peculiar e identificativo del Año Jubilar, como se ha transmitido desde el primer Jubileo del año 1300, es la concesión de la *indulgencia* que quiere expresar la plenitud del perdón de Dios, que no conoce confines, porque la misericordia del Señor es eterna. Esta misteriosa realidad se hace presente a través del *Sacramento de la Penitencia* y de los *signos de caridad y esperanza* que se establecen. Por tanto, para vivir plenamente este momento de gracia, en nuestra Diócesis se establecerán unos lugares particulares para lucrar esta indulgencia⁹ y, además, se especificarán otras modalidades indicadas en el *Decreto de la Penitenciaria Apostólica*, del 13 de mayo de 2024. Pero ¿qué es una indulgencia? La indulgencia es una manifestación concreta de la misericordia de Dios, que supera los límites de la justicia humana y los transforma. Este tesoro de gracia se hizo presente a través de la historia de Jesús, de la Virgen María y de los santos: viendo estos ejemplos, y viviendo en comunión con ellos, la esperanza del perdón y del propio camino de santidad se fortalece y se convierte en una certeza. La indulgencia permite liberar el propio corazón del peso del pecado, que permanece en él a pesar de haber recibi-

do el perdón sacramental, para poder ofrecer con plena libertad la reparación debida¹⁰. Es la superación de lo que los teólogos llaman la “pena temporal” debida por el pecado ya absuelto. Digamos que la indulgencia repara de alguna manera, aplicando en nosotros el tesoro de los méritos de tanta santidad de la que es depositaria la Iglesia, las consecuencias que han podido tener nuestros pecados, liberándonos no solo de la culpa –por medio del perdón sacramental–, sino también de la pena merecida, por medio de la indulgencia¹¹.

Concretamente, esta experiencia de misericordia pasa a través de algunas acciones espirituales que son indicadas por el documento pontificio. No basta solamente con realizar una serie de acciones, como en este caso, pasar la Puerta Santa o visitar una iglesia o santuario determinado. Es necesaria la celebración del sacramento de la Reconciliación - que ya se ha podido hacer al comienzo o durante la visita a un santuario o a la Catedral - y la celebración de la Eucaristía, recibiendo la comunión sacramental, preferiblemente en el mismo día en el que se gana indulgencia. La norma general es que sólo se puede ganar una vez al día, y puede ser aplicada por sí mismo o por un difunto. Sin embargo, conviene precisar, y al mismo tiempo aclarar, que con ocasión de este Año Jubilar 2025, el *Decreto de la Penitenciaria Apostólica*, sobre la concesión de la indulgencia durante en Jubileo Ordinario

10 No deja de ser providencial que el Año Santo en Roma coincida con el Año Santo en Paray-le-Monial por los 350 años de las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, donde se nos invitaba a la reparación por los pecados de toda la humanidad. De hecho, el papa Francisco ha publicado una Exhortación apostólica sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que, junto con la Bula *Spes non confundit* (2024) serán sin duda dos textos para meditar durante el Año Santo 2025.

11 En la explicación de la teología católica siempre se ha usado un ejemplo en este tema que es el del clavo en la madera. Por medio de la confesión se nos perdona la culpa, que sería como arrancar el clavo. Pero en la madera queda el agujero ocasionado por el clavo, que sería la pena temporal, consecuencia del pecado, que tenemos que “arreglar” en esta vida (penitencia) o después de esta vida (purgatorio). La indulgencia viene en nuestra ayuda en la reparación de la pena temporal que merecemos por nuestros pecados.

9 Penitenciaria Apostólica, *Sobre la concesión de indulgencia durante el jubileo ordinario del año 2025 convocado por Su Santidad el Papa Francisco (13 de mayo de 2024)*, apartado I.

del año 2025, permite ganar una segunda indulgencia en el mismo día, bajo unas determinadas condiciones. Dice así en la parte III: *los fieles que habrán emitido el acto de caridad en favor de las almas del Purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la Comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la Indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos (se entiende al interno de una celebración Eucarística; cf. can. 917 y Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del CIC, Responsa ad dubia, 1, 11 julio 1984)*¹². A estas condiciones se añade la oración por las intenciones del Papa. Esto es una señal de unidad con toda la Iglesia y su pastor supremo. Se puede rezar un Padrenuestro y un Avemaría, aunque cualquier otra oración puede ser válida, haciéndola con esa intención. Aquellos que, por enfermedad u otra causa, no puedan realizar la peregrinación están invitados, de todos modos, a tomar parte del movimiento espiritual que acompaña a este Año Jubilar, ofreciendo su sufrimiento, las contrariedades de su vida cotidiana y participando en la celebración eucarística, en la medida de sus posibilidades.

Como conclusión a este apartado podríamos decir que para el Santo Padre el espíritu penitencial es “como el alma del Jubileo” y, por consiguiente, la indulgencia jubilar se abre a otras posibilidades porque según él estamos llamados a ser signos de esperanza para los hermanos que viven en la indigencia, por eso es necesario hacer el propósito de redescubrir las obras de misericordia corporales y espirituales, de ahí que visitando a los enfermos, a los que están en centros penitenciarios, a las personas que viven solos y en situación de abandono o aquellas que tienen capacidades diferentes, será posible obtener la indulgencia jubilar en cada visita, incluso una vez al día. Esta realidad es

necesaria abrirla a otros ejercicios propios de nuestra sociedad de la telemática. Así, se nos propone abstenernos, durante un día, de distracciones reales o virtuales, de consumos superfluos, donando una cantidad proporcionada a los pobres.

No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, exiliados, refugiados y desplazados. Es bueno ocuparse con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones, implicarse en tareas de voluntariado y en aquellas actividades que vayan encaminadas a potenciar y proteger la vida. También nos recuerda, en clave de eternidad, que este Jubileo es un tiempo propicio para abrimos al encuentro definitivo con Cristo y, al mismo tiempo nos invita a purificarnos de todo más para *permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos*¹³. De ahí que la indulgencia, tal como se ha vivido en la tradición de la Iglesia, también está destinada a los que nos han precedido, nuestros difuntos, para que obtengan misericordia. Todo esto está orientado a vivir un encuentro personal con el Señor Jesús, puerta de salvación y esperanza que no defrauda.

¹³ Bula 2025, n° 22b.



¹² Decreto de la Penitenciaría Apostólica, (13 de mayo de 2024), parte III.

ESPERANDO AL RITMO DE LA
PALABRA DE DIOS

IDE E FACEDE DISCÍPULOS...

EU ESTOU CONVOSCO

D. Xosé Xulio Rodríguez Fernández

Velaquí o horizonte e tamén o itinerario espiritual e pastoral que a nosa diocese, o pobo de Deus en Ourense, guiado polo Espírito, se decidiu a seguir e percorrer nestes tres próximos anos. Trátase de realizar un mandado que vai acompañado dunha promesa que dá impulso, confianza e alegría. O Señor confiounos a misión de anunciar o Evanxeo, pero el está sempre connosco dándolle pulo á misión evanxelizadora que nos encargou.



1. Ide e facede discípulos

A evanxelización demanda estar en movemento, ir ao encontro das persoas, facerse presente nos espazos onde se desenvolve a vida da nosa xente. O papa Francisco, cando fala de **Igrexa en saída**, está a subliñar o que Xesús lle recomenda os apóstolos nos relatos de misión: *Ide e anunciade o Evanxeo* (Mc 16,5); *ide e facede discípulos* (Mt 28,19). Trátase de pórse en marcha, de saír, de ir ao encontro da nosa xente para anunciar o Evanxeo e facer discípulos de Xesús Cristo.

O anuncio do Evanxeo, o testemuño, acostumamos a telos presentes, a facer referencia na acción pastoral. Quizais facer discípulos fica un pouco máis na sombra, porque tamén non se trata de algo puntual, senón que é un traballo, un proceso de formación e de acompañamento que require moito tempo e moitos coidados.

Nos tempos que nos tocou vivir, nos que a secularización e a indiferenza relixiosa e cristiá dominan o ambiente, facer e formar discípulos é a grande necesidade da Igrexa hoxe. Ve-



laquí a prioridade pastoral para a nosa Igrexa local nestes tres anos e tamén nos seguintes. Aquí xógase realmente o futuro da Igrexa na nosa diocese. Nós, como discípulos, imos contemplar e descubrir como fai o Mestre para formar discípulos.

Xesús saíu de Nazaret, estableceuse en Cafarnaún (Mt 4,13) e comezou a percorrer vilas e aldeas, primeiro por Galilea (Mt 4,23), ata chegar máis tarde a Xerusalén (Lc 9,51). O mestre Xesús saí á procura de discípulos. Busca encontrarse con eles nos espazos e ambientes nos que viven os que el vai chamar. El non ficou en Nazaret agardando que o viñesen buscar aqueles que poderían ter algún interese en seguilo.

Xesús non só se ocupa de acompañar e formar o grupo dos Doce. Ademais deste grupo está un grupo máis amplo de discípulos. Moitos son os coñecidos polos evanxeos, outros son anónimos, pero íano seguindo, incluso hai algúns clandestinos. Na súa misión a formación de discípulos é unha prioridade e unha tarefa fundamental. Por isto mesmo o Mestre faise presente nas vilas, pobos e aldeas, nas prazas, nas casas, no templo e nas sinagogas. As súas ensinanzas suscitan interese e admiración. É o primeiro paso para o seguimento e para chegar a ser os seus discípulos.

No contexto e nos tempos que estamos a vivir hoxe, nós discípulos de Xesús Cristo, como estamos seguindo o Mestre na formación de verdadeiros discípulos? O mandado de misión de Xesús ten estes tres campos: ir, facer discípulos e bautizar. Primeiro a presenza, en segundo lugar a formación de discípulos (a palabra), e en terceiro lugar o bautismo (os sacramentos).

Se nós queremos seguir de verdade o noso Mestre como discípulos misioneiros, posiblemente teñamos que facer unha profunda revisión e estar dispostos a cambiar o paso e comezar a transitar por camiños novos e inéditos para chegar a formar verdadeiros discípulos de Cristo. É necesario que nos preguntemos se os bautizados das nosas parroquias teñen conciencia de seren discípulos de Xesús, de pertencer e ser de Xesús Cristo. Non haberá que facer discípulos e despois bautizar coma aos comezos da predicación evanxélica?

Como está a ser hoxe a nosa presenza nas parroquias? Estamos ou só imos cando fai falta? A celebración da Eucaristía e doutros sacramentos por si mesma, e sen outras ofertas pastorais, non forma discípulos. En moitas parroquias a misa pasou de ser semanal a ser quincenal ou mensual. As referenzas á fe e o sentido de pertenza á Igrexa teñen o risco de ser algo superficial ou puntual, con escasa incidencia na vida de cada día, se non se ofrecen e facilitan outros medios para alimentar e fortalecer a fe. Unha fe que moitas veces é simplemente unha devoción, unha tradición, pero que aínda está lonxe de ser a opción de embarcarse no seguimento de Xesús Cristo.

Se non facemos discípulos non formamos verdadeiros cristiáns, pois sabemos que contamos con moitos bautizados que non se sintén nin se recoñecen cristiáns. Este é un gran problema co que nos atopamos hoxe na Igrexa e nos diferentes ambientes nos que vivimos ou frecuentamos. Neste cambio de época do que tanto se fala, o Espírito, que fai novas todas as cousas, estanos suxerindo discernir e buscar novos camiños para facer verdadeiros discípulos de Xesús Cristo. O vello pasou, a acción pastoral que se está a facer nunha gran parte da diocese está caducada e demanda nacer de novo, o que é ilusionante, pero tamén doloroso. Pero este camiño non se fai en solitario nin unicamente coas nosas forzas ou as nosas capacidades. O Señor mantén a promesa de estar connosco.

2. Eu estou convosco

O mandado de facer discípulos o Señor díxoo en plural. Non dixo “vai” senón “ide”. Aventurarse a descubrir e transitar os camiños do Espírito non pode ser unha iniciativa individual ou inxeniosa dalgunha persoa con arte, creatividade ou unha simpatía arrolladora. A misión evanxelizadora é sempre unha obra comunitaria e sinodal: o obxectivo da evanxelización é a comunidade cristiá.

Quizais a vida precaria das nosas parroquias e a febleza da fe obedezan a que non son realmente comunidades. Por iso darlle outra faciana é algo moi necesario, pois a alma de toda renovación eclesial é a comunidade; o que non pasa a través dela ou non é apoiado por ela non pode ter unha vida que dure.

Esta situación demanda pola nosa parte un traballo de reflexión, de discernimento, de estudo e de diálogo ao que é preciso adicarlle un tempo significativo, tanto a nivel persoal como especialmente a nivel comunitario nos diferentes espazos e organismos diocesanos e arciprestais. Facer discípulos está reclamando un modo novo de exercer o ministerio pastoral, de construír igrexa, de traballar máis horas xuntos para poder acompañar procesos.

Nesta nosa Igrexa local, aínda tan clerical e cun laicado que apenas ten formación, que ten grandes dificultades para asumir responsabilidades na vida das parroquias, é preciso poñer o acento en facer discípulos de Xesús Cristo, propiciar que algúns dos nosos cristiáns fagan a opción de seguir a Xesús Cristo. Pero isto demanda unha forma moi diferente de facer pastoral, de animar a vida nas nosas parroquias de xeito que cheguen a ser realmente comunidades, pois a xeración actual esíxelle aos cristiáns que sexan máis unha comunidade ca unha institución. Por isto mesmo temos que superar o minifundismo parroquial para que sexa a fe en Xesús Cristo e non o territorio quen nos permita chegar a formar verdadeiras comunidades de discípulos.

As reunións de arciprestado, a formación permanente do clero e dos movementos de leigos teñen que ser o espazo onde se dialogue, se reflexione, se compartan experiencias e se deseñe un camiño a seguir que, dunha forma sinodal, todos imos traballar na formación de verdadeiros discípulos de Xesús Cristo. Facer discípulos é unha tarefa ilusionante, seductora, pero tamén lenta e controvertida que pasa pola contradición e pola cruz que son gloriosas e vitoriosas: *O que non carga coa súa cruz e me segue, non pode ser discípulo meu* (Lc 14,27).

Neste traballo non estamos sós. O Señor realiza a promesa de estar sempre connosco e de acompañarnos na formación de discípulos (Mt 28,20). Nós somos tamén discípulos e todo en nós ha de apuntar e facer referencia a Xesús Cristo que é o único Mestre: *pois vós non vos fagades chamar mestre, pois un só é o voso Mestre, e todos vós sodes irmáns* (Mt 23,8).

Formar discípulos é sen dúbida un signo dos tempos para a nosa Igrexa. Afrontamos este desafío con fe, porque o Señor resucitado está connosco alentando esta misión que realizamos en comunión e sinodalidade con estes acentos, como lembraba Mons. Uriarte: “Desde la resurrección de Cristo cabe esperar un presbiterio máis fraterno y máis apostólico, máis orante y máis pobre”.



COMENTARIO BÍBLICO-TEOLÓXICO

DO LEMA DO CURSO PASTORAL 2024-2025: “Sae da túa terra” (Xen 12,1)

D. Manuel Rodicio Pozo

O Señor díxolle a Abram: “Sae da túa terra, da túa patria, da túa casa paterna, e vai á terra que eu che mostrarei” Con esta frase comeza o ciclo de Abraham.

Este texto ten coma precedente o relato da torre de Babel. As desgracias que atraen os construtores da imponente e prepotente torre, serve de marco a este oráculo.

Una nova situación emerxe. O Señor, que intervén na historia por medio da súa palabra, chama a un home e nel, elixe a un pobo. Abraham configúrase coma o pai dunha “nova humanidade”, que terá o seu culmen en Xesucristo.

Na invitación que lle fai o Señor, pídelle tres renuncias que resultan fundamentais: *terra, patria e casa paterna*. A *terra* é o marco natural onde un vive, coas súas propiedades e paisaxe que configuran unha vida. Deixar a terra é converterse e emigrante. A *patria* é o lugar de nacemento onde se atopa afecto e solidariedade; tamén usos e lingua. Deixar a patria é converterse nun apátrida. Deixar a *casa paterna* é renunciar ó máis querido e converterse nun orfo voluntario. Pola contra a terra prometida queda lonxe. Polo tanto, fronte a un imperativo: “*sae*”, un futuro pouco concretado: “*unha terra que eu che mostrarei*”. Deus pídelle que abandone os estreitos límites do coñecido para que se lance aos anchos horizontes do descoñecido, fiado nese Deus que chama e promete.

E Abraham responde como crente que se fía de Deus, configurándose como modelo de crente e pai da fe (Heb 11,19). Nos esquezamos que a promesa divina choca co razoable: ten unha muller estéril (Xen 11,30), e el mesmo é vello (Xen 12,4). “*Abram púxose ó camiño, conforme lle dixera o Señor*” (Xen 12,4). Queda perfectamente marcada a audacia do crente: ante a orde

divina, a resposta humana é a obediencia.

Comeza así unha historia apaixonante, a historia do pobo de Deus: unha realidade magnífica e fecunda.

LUCES PARA O TEMPO PRESENTE

1. *Despois do relato de Babel*

Non é un detalle neutro ou casual. O texto bíblico pode ser estudado de moitos xeitos, pero chega a nós así. Babel foi unha catástrofe. Aparentemente era un punto final. E sen embargo, Deus sigue aí. Deus non falla. Deus abre novas oportunidades.

E sempre foi así. Pesemos noutras situacións que aparentemente apuntaban a ser “un final”, e sen embargo Deus fixo delas un principio. Para non cansar citarei só dúas.

2. *O exilio*

Foi unha catástrofe absoluta. Na teoloxía deuteronomista era o final anunciado pola pertinaz actitude do pobo de Israel que camiñaba de infidelidade en infidelidade. Xa séculos antes o libro do Éxodo reflexara esta desobediencia falando dun pobo de *dura cerviz* (Ex 39,9). Esa situación agravouse constantemente ata chegar a unha destrución case total. Ben o expresa o Libro Sagrado cando di: *O día sete do quinto mes, dentro do ano dezaioito do reinado de Nabucodonosor en Babilonia, chegou a Xerusalén Nebuzardán, xefe da garda e servidor do rei de Babilonia, e púxolle lume ó templo do Señor e ó pazo real, e queimou igualmente os pazos todos de Xerusalén e as casas grandes da cidade. O exército caldeo, ás ordes do xefe da garda, derrubou a muralla que rodeaba Xerusalén... Da xente pobre do país deixou o xefe da garda uns poucos, para viñateiros e labregos...Nebuzardán, xefe da garda, colleunos a todos presos e levounos a Riblah, diante do rei de Babilonia. O rei de Babilonia mandounos matar en Riblah, no país de Hamat. Xudá foi, dese xeito, levado á catividade, lonxe da súa terra.* (2Re 25,8-21)

E sen embargo non foi o final nin do pobo nin da fe. Si que foi un momento de sufrimento, transformación e cambio fondo. Os exiliados convertéronse nos herdeiros da promesa. Os que quedaron, si que foron irrelevantes.

3. *A persecución desatada en Xerusalén tras a morte de Esteban*

Recordemos o texto sagrado: *Aquel día levantouse unha grande persecución contra a Igrexa de Xerusalén, e todos, agás os apóstolos, dispersáronse polas terras da Xudea e da Samaría/* (Feit 8,1).

Aparentemente era un final. Pero non. Foi o nacemento dunha igrexa universal.

Subliño: Os aparentes finais, en moitos casos, foron “partos” con grande proxección de futuro. Fora pesimismo!

4. *Deus fala*

A miúdo cando lemos a Escritura vemos que Deus fala. Tan afeitos como estamos a que “Deus fale” que non reparamos na importancia e transcendencia do feito. Deus fala. Deus faise oír. Deus irrompe na historia; mellor, Deus está na propia historia e vai falando. Lembremos por exemplo a Moisés que fala co Señor *cara a cara coma un home fala co seu amigo* (Ex 33,11). Non me deteño a citar innumerables textos, especialmente proféticos, pero si que quero fixarme nun relato ben coñecido porque pode ilustrarnos ben.

O mozo Samuel viviu nun tempo no que *a palabra do Señor era escasa, e non abundaban as visións*” (1Sam 3,1) Entendámonos: non se coñecía con claridade o que Deus quería. A xente, co mellor dos desexos, limitábase a repetir ritos da herdanza recibida. De tal xeito que o rapaz “*servía ó Señor; ó lado de Elí*”. Nese contexto Deus fala. Deus nunca está ausente anque o seu silencio ás veces resulte abafador. O certo é que *non se apagara aínda a lámpada de Deus* E el chama. E o rapaz non recoñece a voz e acude a Elí. Pero

non é Elí esa voz... Despois de varios intentos, Elí guía correctamente ó mozo, para que escoite ó Señor.

Quizais nos pode iluminar o tempo presente. Deus sigue coa lámpada encendida, pero nós sentímonos orfos, escasos da súa luz, da súa palabra, quen sabe por que razóns!. Pode ser porque busquemos onde non está ou onde non arde con toda a forza que precisamos. Fala Deus hoxe? Sí. Deus fala. Deus chama. Deus abre camiños. Como?

Non chama normalmente en visións nin en sonos, a non ser en casos moi excepcionais. Deus chama por canles moito máis normais.

Non hai dúbida que sobre todo fala nos *signos dos tempos*. Tan incapacitados estamos que non nos decatamos de que os tempos mudaron moito máis do que nos podíamos imaxinar? Avísanos o Señor: *Se sabedes interpretar o cariz da terra e mais o do ceo, como non sabedes interpretar o momento*

presente? (Lc 12,56) Temos ollo aberto e oído atento para albiscalo?

Por outra parte o Maxisterio do Papa e da Igrexa é contundente. Escoitámolo? Precisamos máis probas?

O que é moi certo é que esa palabra esixe movernos. Desinstala. Pide renunciias. Pide camiños novos. Recordemos que a Abraham pediulle deixar terra, patria e casa. A nós seguramente nos pide deixar rutinas e inercias que non eran tan intocables coma pensabamos, pero que nos costa un mundo deixar... para abrir camiño novo, ter nova luz, sentir a presenza viva de Deus.

5. Deus promete futuro

O futuro é de Deus. So está na súa man e fálllo gustar a quen é dócil ó seu chamado. O plan de Deus sairá con ou sen a nosa colaboración, pero... que foi do pobo de Israel que non pasou o “sufrimento” do Exilio? Que pasou coa Igrexa de Xerusalén que se atrincheirou fronte a apertura ós xentís? Foron un vagalume que pouco a pouco desapareceu na irrelevancia...

Nós vivimos en tempos complicados e co-rremos o risco de quedarnos en xestionar a decadencia, cando o que Deus nos está pe-dindo é abrírnos confiadamente a El e ó seu proxecto salvador.

6. É un tempo apaixonante

É a hora de Deus. Deus sae ó noso paso. Deus non nos abandona. Certo que pide renunciias, sementeira, novos xeitos, deixar portos nos que nos sentiamos seguros, pero que agora só sirven para uns pouquiños e El quere ser un Deus que se ofrece a todos.

A pesar de ser poucos. A pesar das nosas escasas forzas, o proxecto do Señor é ilusionante, e nós somos invitados a ser coma Abraham (vello e cunha muller estéril) “*peregrinos de esperanza*”.





LA ESPERANZA EN TIEMPOS DE TURBULENCIA

“En Él he puesto mi Esperanza” (Isaías 8,17b)

D. Julio Grande Seara

El capítulo 8 de Isaías nos ofrece un mensaje de juicio y esperanza. ¿Cómo debemos responder en tiempos de oscuridad espiritual?

Isaías profetizó durante un tiempo de gran conflicto político y militar en Israel. El pueblo estaba enfrentando la posibilidad de una invasión enemiga y muchos estaban perdiendo la fe en Dios. Isaías recordó a su pueblo que Dios estaba con ellos y que podrían esperar en él para protección y fortaleza.

Este capítulo predice la caída de Siria e Israel. Siria cayó ante Asiria en 732 a.C. e Israel la siguió en el año 722 a.C. Isaías colocó su mensaje en una tabla en un lugar público con letras grandes para que todos lo leyeran. Dios quería advertir a todo su pueblo. Olvidar su amor y dirección trae como resultado el pecado y provoca su ira. Is 8,6-8 “Las aguas de Siloé, que corren mansamente” se refiere al cuidado tierno y constante de Dios. Debido a que Judá rechazó la protección amorosa de Dios al buscar la ayuda de otras naciones, Dios la castigaría. Vemos dos atributos distintos de Dios: amor e ira. Debemos reconocer las consecuencias de nuestras elecciones. Is 8,7-8: El corazón del Imperio Asirio estaba localizado entre los ríos Tigris y Éufrates. Este desbordamiento del río es una forma poética de describir la fuerza arrolladora del ejército asirio.

Is 8,11: “Dios me tomó fuertemente con su mano y me advirtió que no me comportara como los de Judá”. “A la gente le da miedo cuando los reyes se juntan para hacer planes de guerra. Pero vosotros no debéis asustaros ni tener miedo. Yo soy el Dios todopoderoso y es a mí a quien deben adorar y temer”. (Is 8,12-13)
Is. 8,17: Isaías, en contra de las autoridades y de la mayoría del pueblo, decidió esperar en

Dios. Aunque él “escondió su rostro de la casa de Jacob, pero yo esperaré en él, pues en él tengo puesta mi esperanza”.

“Pasaron setecientos años para que se cumplieran en Jesús muchas de las profecías que el Señor anunció mediante los profetas. Debemos estar dispuestos a aceptar el tiempo de Dios y no imponer el nuestro. En este versículo, Is 8,7b, encontramos una de las frases más poderosas y esperanzadoras de la Biblia. Este texto profético advierte contra alianzas políticas equivocadas y fomenta la confianza en Dios.

Muchas veces, la vida nos pone a prueba con situaciones difíciles que nos hacen sentir perdidos y abrumados. En esos momentos, es importante recordar que debemos confiar en Dios y esperar en él. Dios no abandona nunca a su pueblo, pero a veces permite que enfrentemos pruebas para fortalecernos y enseñarnos lecciones importantes. Es fácil sentir ansiedad y estrés en la vida cotidiana. Quizás

estamos luchando con problemas de salud, dificultades en el trabajo, conflictos en nuestras relaciones y una lista interminable de desafíos. En estos momentos, es fundamental recordar que no estamos solos. Dios está con nosotros y podemos confiar en él.

Es importante no caer en la desesperanza o en la impaciencia, y recordar la importancia de esperar en Dios, tener fe y confiar en su plan para nuestras vidas. Isaías 8,17 es una invitación a confiar en Dios y esperar en él, incluso en tiempos difíciles. A través de nuestras luchas, Dios nos ayuda a crecer y nos fortalece y siempre está trabajando en nuestro favor. Esperar en Dios no es fácil, pero es la clave para encontrar paz en medio de la tormenta. Confiemos en que él tiene un plan para nosotros y que todas las cosas trabajarán juntas para bien.

En los momentos más oscuros de nuestra vida, donde la incertidumbre parece prevalecer, las palabras de Isaías resuenan como un faro de esperanza. “Esperaré, pues, al Señor” nos re-





cuerda que, a pesar de las tormentas y las pruebas, podemos hallar refugio en la fe. No estamos solos en nuestras luchas; Dios, aunque a veces parezca distante, parece esconder su rostro, está amorosamente en cada detalle de nuestro caminar. Al esperar en Él, encontramos no solo consuelo, sino también una fortaleza renovada que nos impulsa a seguir adelante con confianza y esperanza. Los descendientes de Jacob, que representan al pueblo de Israel, están en un período de prueba e incertidumbre. Sin embargo, la declaración de esperar y confiar en el Señor sirve como un poderoso recordatorio de que la fidelidad de Dios es inquebrantable, incluso cuando no es inmediatamente visible. Este mensaje es atemporal, ofreciendo consuelo y aliento a todos los creyentes que pueden sentirse abandonados o en la oscuridad, instándolos a aferrarse a su fe y confiar en la eventual liberación y presencia de Dios.

Dios nos pide que confiemos en la victoria que nos trae Él, de lo contrario no tendremos ninguna victoria. En Isaías 8, vemos como Dios fue capaz de liberarlos de manera sobrenatural, no por el poderío de su ejército, sino por confiar en Dios y por ser fieles a sus planes. El Señor es nuestra mejor “Esperanza”.

Lo que caracteriza el tiempo de Adviento es la esperanza. La esperanza como virtud que sostiene al alma, que consuela al ser humano. La esperanza del alma que confía, que mira al futuro, que mira hacia Dios que nos sale a encuentro.





LA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA

El Jubileo del 2025 se ha convertido ya en una especie de “Jubileo de la esperanza”, debido al acertado lema que ha elegido el papa Francisco para este nuevo Año Santo Romano, 2025 años después de la Encarnación del Señor: *Peregrinos de la esperanza*.

Ciertamente, «*en esperanza fuimos salvados*» (Rom 8, 24). Así tituló su segunda encíclica –hace casi veinte años– el papa Benedicto XVI. Todos la conocemos con el título de *Spe salvi* (en adelante: *SS*) y no podemos separarla de las otras dos encíclicas: *Deus caritas est* y *Lumen fidei* (iniciada por Benedicto y terminada por Francisco). Las tres forman una especie de trilogía sobre las virtudes teologales. En este año jubilar sería un buen propósito para todos los fieles cristianos volver a releer esa carta encíclica sobre la esperanza cristiana.

Siempre ha sido un elemento distintivo de los cristianos que tenemos un futuro; tenemos la certeza –basada en la revelación– de que nuestra vida no termina en el vacío. La esperanza nos permite vivir el presente porque tenemos una meta futura segura que hace que valga la pena recorrer el camino hasta ella. Benedicto XVI lo dice así: *el hecho de que el futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las rea-*

lidades presentes repercuten en las futuras y las futuras en las presentes (*SS* 7). Por eso la esperanza cristiana tiene que ver con la escatología, *aquel sector de la Teología al que incumbe reflexionar sobre el futuro de la promesa aguardado por la esperanza cristiana*¹⁴.

Tras un recorrido por el testimonio de la Biblia sobre la esperanza, la encíclica plantea una pregunta clave: «¿Qué es la vida eterna?». Todos experimentamos un deseo profundo de no morir, pero, al mismo tiempo, seguir viviendo para siempre nos parece más una condena que un don. «*Vivir para siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable*» (*SS* 10). «*No queremos morir, pero tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente*» (*SS* 11). Deseamos la vida plena, la vida verdadera, y vida eterna hace referencia a esa “desco-

14 J. L. Ruiz de la Peña, *La pascua de la creación. Escatología*, 2ª ed., Madrid 2020, p. 30.

LA ESPERANZA Y LA ESCATOLOGÍA.

Propuesta de relectura de la Encíclica *Spe Salvi*

D. José Manuel Salgado Pérez

nocida realidad conocida” de la que nos habla la esperanza.

Una segunda pregunta clave de la encíclica dice así: «¿Es individualista la esperanza cristiana?». La respuesta es clara: *la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria* (*SS* 13). A veces, se acusa a los cristianos de esperar un “cielo” en el que cada uno sea feliz de modo individualista, sin preocuparse de la salvación de los hermanos. Nada más lejos de la fe cristiana; el cielo tiene un aspecto de “socialidad” y fraternidad. Por eso, el infierno –su cara opuesta– es la absoluta soledad. La crisis actual de fe es ante todo una crisis de esperanza cristiana. Lamentablemente, se ha desplazado la fe al ámbito de las realidades privadas y se ha caído en el mito que propugna la ideología del progreso. Hemos visto las consecuencias de la búsqueda de un progreso solo humano en la Revolución francesa y en la Ilustración. *En el siglo XVIII no faltó la*

fe en el progreso como nueva forma de esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como estrella-guía que se debía seguir en el camino de la esperanza (SS 20). Sin Dios no hay lugar para la esperanza. Como ha dicho de forma magistral Benedicto XVI: Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior, no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo (SS 21).

Frente a la tentación actual del transhumanismo, hemos de recordar que «*no es la ciencia la que redime al hombre; el hombre es redimido por el amor*» (SS 26). Quien ha sido tocado por el amor, quien se siente amado y ama de verdad, empieza a intuir qué es realmente la vida. El ser humano necesita un amor incondicionado y necesita una esperanza que vaya más allá de las pequeñas esperanzas de la vida cotidiana. «*Nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios*» (SS 31). Él es el fundamento de nuestra esperanza porque nos ha amado hasta el extremo y su amor incondicional es la garantía de que realmente existe aquella “vida que es realmente vida”.

En la encíclica se nos ofrecen tres “lugares” de aprendizaje y ejercicio de la esperanza:

1. La oración como escuela de la esperanza. Cuando ya nadie me escucha, Dios me escucha. Cuando ya nadie puede ayudarme, Dios puede ayudarme. Cuando me veo relegado a la soledad, el que reza nunca está solo. La oración nos abre a Dios y a los demás, nos purifica, nos lleva a una esperanza activa, manteniendo el mundo abierto para Dios.

2. El actuar y el sufrir como lugares de aprendizaje de la esperanza. Podemos colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo sea más humano y se abran puertas hacia el futuro. Nuestro obrar no es indiferente a Dios e influye en el desarrollo de la historia. *Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, solo una esperanza así puede dar todavía ánimo para actuar y continuar (SS 35).*

El sufrimiento forma parte también de la vida humana y la capacidad de aceptar la tribulación y de madurar en ella, encontrando un sentido en el sufrir por amor, hace al hombre más humano. La grandeza de la humanidad se mide en su relación con el sufrimiento. *La capacidad de sufrir por amor a la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos (SS 39).*



3. **El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza.** En el Credo decimos que Jesucristo «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». La perspectiva del Juicio final es ante todo una perspectiva de esperanza. La cuestión de la justicia es un argumento esencial a favor de la fe en la vida eterna. La imagen del Juicio final es una imagen de esperanza porque un mundo sin justicia es un mundo sin esperanza y sólo Dios puede establecer una justicia para siempre y para todos.

Incluso después de la muerte podemos ayudar a los demás. La oración por los difuntos y la fe de la Iglesia en el purgatorio son un misterio de amor y de esperanza. *Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Nadie peca solo. Nadie se salva solo (...). Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí* (SS 48).

Que María, estrella y madre de la esperanza, nos aliente en este Año Jubilar a retomar la verdad de que la esperanza cristiana es ante todo una escatológica. Solo después de la muerte, y más allá de todo lo esperable, veremos colmada por Dios nuestra esperanza, que no defrauda porque el amor de Dios es más fuerte que la muerte. Por eso, la fe fundamenta la esperanza, pero es ésta la que activa la caridad. Esa virtud que, en la mente del poeta francés Charles Péguy, es una niña pequeña que sorprende al mismo Dios, esa pequeña que camina de la mano de sus dos hermanas mayores, la fe y la caridad, nadie la mira, pero es ella quien las dirige.



LA ESPERANZA COMO VIRTUD TEOLOGAL Y MORAL

D. Óscar Martínez Caamaño

1.- Hacia una definición de Virtud teológica y moral.

Santo Tomás de Aquino definió la virtud teológica como “aquella que tiene como objeto, origen y fin al mismo Dios”¹⁵, por lo cual su determinación y actuación en el sujeto viene de la relación con Dios que define las virtudes teológicas y produce una nueva identidad de la persona que las vive y que conforma con ellas su vida y su sentido. El “origen activo” de las virtudes es así la acción del Espíritu Santo que las activa internamente en el hombre y hace que sus acciones no solo comiencen en Dios, sino que también concluyan en Él.

En cuanto las virtudes teológicas influyen en el actuar del hombre, podemos decir que son

también virtudes morales. Lo son en cuanto “animan”, orientan y dan plenitud de sentido al obrar del sujeto cristiano.

2.-La fe que engendra la esperanza.

2.1.- La fe como encuentro con Dios

La fe es el principio de todas las acciones del creyente, de tal modo que lo califica internamente como tal. Sólo cuando se da un encuentro con Jesucristo vivo y se responde con el asentimiento de la fe se engendra el sujeto cristiano. El encuentro con Cristo provoca un nuevo modo de ser y de actuar

2.2.- Una fe que se concretiza y manifiesta en la Historia.

La fe teológica tiene como características la “interpersonalidad”, que se basa en una confianza

¹⁵ S.Th., I-II, q. 62a.1

que se dirige hacia otra persona, y la *religiosidad*, en cuanto es búsqueda de un sentido global. Ambas características se unen en la acción libre del hombre y se concretan y manifiestan en la historia. La fe se convierte así en una luz poderosa que ilumina los puntos fundamentales que organizan la vida humana. Así lo vemos en la Historia de la Salvación, pero también en los pasos de la historia personal de cada uno. El hombre se comprende a sí mismo como un ser ante Dios “con-vocación”, por el don de la llamada divina y descubre que ésta incluye una disponibilidad a que Dios continúe su acción en él.

2.3- La fe que se sustenta en una promesa que engendra

La llamada de Dios está en relación con una promesa que es el objeto propio de la fe. El valor de esta promesa reside en la persona que la hace: Dios es fiel y reconocerle supone asentir de modo absoluto cuando se revela ¹⁶.

En el dinamismo interno de la fe teológica, se halla la presencia de un bien original y exclusivo: la comunión con Dios que se manifiesta a modo de promesa. Dios promete que el hombre que actúe movido por su amistad-alianza con Él disfrutará de esa comunión que en cierto modo ya se anticipa en la acción realizada. Es así como aquello que el hombre busca en su acción, movido por la fe en la promesa de un encuentro pleno de comunión, se realiza ya anticipadamente en la esperanza.

3.-La esperanza como vivencia y participación de la promesa.

La promesa de Dios no se acaba con la fe. El hombre permanece en el camino, confiando en la promesa de Dios y buscando alcanzarla. La esperanza se convierte así en la virtud del caminante-peregrino. Tras en el encuen-

tro y la amistad queda un largo camino hasta el cumplimiento pleno de la comunión. Esta experiencia fundamental lleva a la concepción del hombre como *Homo Viator*.

3.1.-La esperanza como virtud

La esperanza cobra un valor específico, en la medida en que se dirige a los bienes prometidos por Dios y aceptados por la fe. La esperanza en los mismos incide, no tanto en el reconocimiento de su valor, cuanto en la capacidad de alcanzarlos. Precisamente aquí está la dificultad de la esperanza como virtud: ¿de qué modo se puede decir que el hombre tiene la capacidad de alcanzar los bienes divinos?

Con relación a un sentido específico de la virtud de la esperanza es necesario aclarar que es virtud solo por el hecho de estar sustentada por Dios, en otro caso sería solo una simple dimensión de la acción del hombre. En su valor teológico su sentido de virtud reside en el hecho de alcanzar al mismo Dios.

La esperanza es el hilo que une el principio de la promesa, nacida de la elección de Dios y su manifestación al hombre por medio de la vocación, con el fin de alcanzar lo prometido. De este modo se da una seguridad nueva a la realización plena de la promesa: está garantizada por la permanencia del don inicial de Dios.

La actitud de espera confiada en Otro es la que define la esperanza como virtud. La esperanza supone la confianza que provoca la unión con esa persona que sostiene la tensión que ha de vivir para alcanzarla. En el caso de la esperanza en Dios, la confianza tiene un valor absoluto, dado por Dios; que enriquece al hombre de un modo singular. La persona llega a superar su propia capacidad de actuación; entiende que el fin prometido, la comunión perfecta con Dios, no se obtiene de modo inmediato, pero que la promesa de Dios le hace vivir en tensión hacia él. Esto

es imposible sin una primera presencia de ese fin en la vida del hombre, sin un horizonte presentido que enciende al hombre el anhelo de su consecución.

3.2. -La esperanza como “ya pero todavía no”.

La dinámica que conforma internamente la esperanza se la ha descrito como la del “ya” pero “todavía no”. Pues se alimenta de una presencia actual pero que apunta a una realidad todavía no alcanzada. El objeto de la esperanza teológica frente al de la utopía apunta a al fin que podemos realizar con la acción de Dios. Es aquí donde comprendemos la esperanza como la auténtica salvación del deseo.

No se limita la esperanza teológica a un deseo, sino que vincula a todos los anhelos del hombre y a sus capacidades humanas, sino que además añade la esperanza de la asistencia divina por la gracia. Esto es lo que hace exclamar a san Agustín: “Da lo que mandas y manda lo que quieras”¹⁷. La esperanza divina no está separada de las distintas esperanzas humanas y su realización concreta en sus acciones. Pero la esperanza siempre va más allá de cualquier realización humana, aunque la alimenta por dentro y la dirige hacia sí. Es así como la acción de Dios abre al hombre a un nuevo fin en el que todos los anhelos del hombre están incluidos.

¹⁷ *Confesiones*, libro 10

3.3-La esperanza en la vida humana.

*“El gozo, la esperanza, las tristezas y las angustias del hombre de nuestro tiempo sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos son también gozo y esperanza, tristeza y angustias de los discípulos de Cristo”*¹⁸. Esta afirmación del Concilio nos recuerda que no se puede separar la esperanza teológica de las esperanzas humanas; las cuales encuentran su orientación última y su firmeza.

La esperanza teológica se inserta en las esperanzas humanas del mismo modo que el deseo fundamental alimenta los deseos particulares. La esperanza orienta a la persona a anhelar lo que Dios le promete y supera todos deseos. La esperanza, en este sentido, sin identificarse directamente con ningún contenido concreto, permea de un modo específico nuestras acciones y es un elemento que regenera e influye en toda la vida del hombre.

Vemos entonces realizada la dinámica interna de la esperanza teológica. Presenta un fin determinado alcanzable por el hombre, vivifica internamente los dinamismos humanos para acoger esta realización en sus acciones y las presenta como anticipo de su consecución plena.

¹⁸ GS 1



EL EJERCICIO DE LA ESPERANZA A TRAVÉS DE LOS SACRAMENTOS «Spes non confundit»

D. Miguel Salas Pérez

Bajo el lema *la esperanza no defrauda* (Rm 5,5), toda la Iglesia Universal hemos sido convocados al Jubileo 2025. El Papa Francisco señalaba en la bula de convocación su deseo de que sea para todos *un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, “puerta” de salvación* (cf. Jn 10,7.9)¹⁹. En efecto, es a través de la Liturgia, principalmente a través de los Sacramentos, por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra Redención²⁰. Los Sacramentos son signos sensibles que significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre²¹. «Mas, para asegurar esta plena eficacia es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano»²². Es desde este prisma donde los Sacramentos de Sanación —Penitencia y Unción de Enfermos— adquieren un lugar relevante dentro de los siete Sacramentos²³.

Os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Pues dice: “En el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé”. Pues mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación (1 Cor 6,1-2). ¡Es tiempo favorable y año de gracia del Señor! (cf. Lc 4,18.19; Is 61,1.2). ¡En este año Jubilar se abre para nosotros un tiempo de gracia y expiación (*Yom Kippur*)! ¿Cómo podemos nosotros acceder a esta gracia? Por medio del misterio de su Pascua —pasión, muerte y resurrección—, que se realiza eficazmente en nosotros a través de los Sacramentos. Estos son el *modus operandi* de Dios en esta última etapa de la humanidad. El Bautismo es el pórtico a la vida de la gracia por el cual somos liberados del pecado original y la muerte eterna²⁴. ¿Por qué entonces otros Sacramentos?²⁵. «En efecto, no entiendo mi comportamiento [...], pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo (cf. Rm 7,15.19).

19 FRANCISCO, *Spes non confundit* 1.

20 Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* 2.

21 Cf. *Ibid.* 7.

22 Cf. *Ibid.* 11.

23 Cf. CEC 1113-1130.

24 Cf. *Ibid.* 1213.

25 Cf. *Ibid.* 1425-429.



Participar de los Sacramentos de Sanación —Penitencia y Unción de Enfermos—, también es participar del misterio de su Pascua y con ello, de las gracias salvíficas que emanan de él. Todo lo que acontece en los Sacramentos es salvífico (cf. 1Tm 2,4). Todo tiene como fin devolver a la humanidad su santidad original (cf. Rm 3,23), donde el hombre ni sufría (cf. Gn 3,16), ni moría (cf. Gn 2,17; 3,19)²⁶. El sufrimiento, la enfermedad y la muerte son consecuencias del pecado (cf. St 1,15). ¿Cuál es la respuesta de Dios al misterio de la muerte? *Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo Jesucristo* (cf. Ga 4,4) *que, por medio del misterio de su Pascua, ha realizado para la humanidad, la obra de la Redención*²⁷.

En la Escritura vemos a Jesucristo perdonar los pecados (cf. Mc 2,5.10; Lc 7,48) y sanar todo tipo de dolencia y enfermedad (cf. Mt 9,35; 4,23; St 5,14-16). Para realizar en nosotros esta obra tan grande, Jesucristo se hace presente en su Iglesia a través de los Sacramentos, ofreciéndose ahora por el ministerio de los presbíteros que actúan *in persona Christi Capitis* (cf. Jn 20,23; 2Cor 5,18)²⁸.

El Sacramento de la Penitencia regenera y renueva en nosotros el don del Bautismo²⁹. Perdona los pecados realizados después de nuestro bautismo, restituyéndonos la gracia -santidad- original; nos reconcilia con Dios, con la Iglesia y con el prójimo; y nos fortalece con el don del Espíritu Santo. La confesión oral e íntegra de los pecados y la absolución por parte del presbítero, constituyen el único modo ordinario con el que el fiel se reconcilia con Dios³⁰. Sin absolución sacramental por parte del presbítero, signo decisivo y fundamental de la reconciliación, no hay perdón de los pecados³¹.

La Unción de Enfermos es el sacramento específico de la enfermedad y no de la muerte. ¡Es sacramento de vida!³². Otorga la gracia del Espíritu Santo, con lo cual el hombre entero —cuerpo y alma—, es ayudado en su salud, confortado por la confianza de Dios y robustecido contra las tentaciones del enemigo y la angustia de la muerte, de tal modo que pueda no solo soportar sus males con fortaleza, sino también luchar contra ellos e, incluso, conseguir la salud conveniente para su salvación espiritual; así mismo, le concede, si es necesario, el perdón de los pecados y la plenitud de la penitencia cristiana³³. El óleo bendecido conferido por parte del presbítero ungiendo la frente y las manos del enfermo, se convierte en el signo sacramental de la Unción de Enfermos.

¡Dios nos ha abierto en Jesucristo una vía de salvación! *Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo*³⁴.

26 Cf. *Ibid.* 374-379, 400; JUAN PABLO II, *Christifideles laici* 53.

27 CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* 5.

28 Cf. *Ibid.* 7, 33; ID., *Lumen Gentium* 10, 28; PABLO VI, *Christus Dominus* 11; ID., *Presbyterorum Ordinis* 2, 6; CEC 1548-1551.

29 Cf. *Ibid.* 1215.

30 Cf. *Ritual de la Penitencia*, Prenotandos 31; CEC 1422-1484.

31 Cf. *Ritual de la Penitencia*, Prenotandos 60, 63.

32 Cf. *Ritual de la Unción de Enfermos*, Prenotandos 65, 66.

33 Cf. *Ibid.* 6.

34 FRANCISCO, *Spes non confundit* 25.

EL ANUNCIO DE LA ESPERANZA EN LA MUERTE CRISTIANA

D. Néstor Álvarez Rodríguez

LA REALIDAD DE LA MUERTE EN EL CONTEXTO SOCIAL ACTUAL

La vivencia de la muerte en la sociedad actual

La experiencia de la muerte se ha alejado de la vida cotidiana. Hace décadas, las personas morían rodeadas de su familia, incluidos los niños, amigos y vecinos. Desde la infancia, se presenciaba la muerte de los seres queridos, se conocía su existencia y también la forma en que cada uno se preparaba para morir y para afrontar la despedida de los seres queridos.

La sociedad actual pone mucho énfasis en los aspectos vitales y en la juventud. La actitud social ante la muerte es de rechazo y ocultación. La muerte se ha convertido en un acto sanitario, controlado por los hospitales y por las funerarias. Todo ello se manifiesta también en los ritos mortuorios de los últimos años, caracterizados por una progresiva simplificación, privatización, disimulación, reducción o incluso desaparición.

La muerte afecta a todos los seres humanos

La realidad de la muerte no puede silenciarse completamente. El fallecimiento de un ser querido, o el decaimiento físico de la vejez que hace prever la cercanía del ocaso de la vida, implican que el hombre no puede evitar plantearse la cuestión de la muerte, no solo como un hecho biológico, sino también como un acontecimiento personal. La muerte es un evento del que brotan espontáneamente legítimas preguntas sobre el ser y el quehacer del hombre, sobre el sentido y el destino de la vida (Cf. GS 9).



La Iglesia acompaña en la muerte

El decaimiento de la vida cristiana ha afectado a todos los ámbitos, también en la forma de «despedir» a los seres queridos: a veces, la oración por los difuntos se entiende como un recuerdo y la celebración de las exequias como un adiós. Este ambiente influye en un significativo número de católicos que ya no esperan una vida más allá de la muerte, ni se preocupan de prepararse para morir en gracia de Dios, y sólo desean una muerte sin dolor (Cf. UDdV 11)³⁵.

La mayoría de las familias, a pesar de estos cambios, continúa celebrando las exequias cristianas de sus seres queridos difuntos. Muchas personas alejadas o al margen de la fe acuden a la Iglesia en estas celebraciones, en las que tienen la oportunidad de entrar en contacto con la experiencia celebrativa eclesial que proclama la resurrección de Jesucristo y expresa su creencia en la vida eterna.

LA ESPERANZA CRISTIANA ILUMINA LA OSCURIDAD DE LA MUERTE

Jesucristo ha vencido a la muerte

Los interrogantes sobre la muerte y el sentido de la vida exigen una respuesta. La afirmación de que la muerte es el final deja insatisfecho al espíritu humano, que de modo espontáneo se dice «hay algo más». El hombre que no puede imaginarse lo infinito no puede conformarse con lo finito. El cristianismo es capaz de ponerle nombre a esta intuición fundamental: resurrección y vida eterna.

El cristianismo no es ni una forma de pensar, ni una forma de actuar, el cristianismo es el encuentro con un acontecimiento, una Persona, Jesucristo (Cf. DCE 1)³⁶. «¿Cómo vamos a saber si hay algo más allá de la muerte si nadie ha vuelto para contarlo?» La pregunta, tantas veces repetida, tiene respuesta, Jesucristo ha

35 Cf. CEE, Un Dios de Vivos, (MDdV) 11.

36 Cf. BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*.



vencido a la muerte y con su resurrección nos ha testimoniado que no es el final del camino.

El anuncio de la fe en la resurrección y la esperanza cristiana

La esperanza cristiana tiene un «sentido ascendente». Los cristianos hemos depositado nuestra esperanza en Cristo que por su muerte y resurrección nos ha «abierto» el cielo. Por el Bautismo Jesucristo nos ha asociado a su resurrección. La Virgen María, asunta al cielo, es como el cuello que nos asegura que donde está la Cabeza estaremos los miembros del Cuerpo. Nuestro destino no es el sepulcro, sino estar con Cristo en comunión de vida y amor con la Trinidad.

La esperanza cristiana tiene, también, un «sentido descendente». Los difuntos «han cumplido su función», los vivos aún no hemos terminado nuestros días en este mundo y Dios tiene depositada su esperanza en nosotros para que demos fruto (Cf. Lc 13, 5-8). *La espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra* (GS 39). La esperanza cristiana no olvida que, tras la muerte, habrá un juicio, en que tendremos que rendir cuentas de lo que hemos hecho con la vida que se nos ha dado (Cf. Lc 19,11-27).

LA CELEBRACIÓN CRISTIANA DE LA MUERTE

La fe en Cristo resucitado es el centro de la celebración exequial

La celebración de las exequias y la oración por los difuntos han de manifestar con claridad la fe en la resurrección y la esperanza cristiana en la vida eterna. *El centro de las exequias cristianas es Cristo resucitado y no la persona del difunto* (UDdV 45). La Iglesia acompaña los momentos de dolor ofreciendo el consuelo y la esperanza cristiana sin banalizar el acontecimiento de la muerte ni el sufrimiento que conlleva la pérdida de un ser querido.

La Eucaristía es el gran sacramento de la esperanza, anticipo de los bienes definitivos a los que todos aspiramos y esperamos en lo hondo de nuestro corazón. *«Las exequias de un cristiano son, en cierto modo, incompletas sin la celebración de la Eucaristía, en la que la oscuridad de la muerte es vencida por la luz de Cristo Resucitado que se hace realmente presente en ella»* (UDdV 46).

La celebración exequial manifiesta la esperanza en Cristo Resucitado

El sentido pascual de la muerte cristiana se muestra en las exequias a través de un ambiente celebrativo sereno y sobrio, pero, a la vez, lleno de esperanza, pues en el fiel difunto lo que se ha realizado ya plenamente es su participación en la muerte y sepultura del Señor, mientras que su participación en la resurrección, por ser aún objeto de esperanza, se pide y se espera confiadamente. La liturgia exequial tiene que expresar el misterio pascual para avivar la fe de la comunidad reunida y afirmar la esperanza en la resurrección. *«Una celebración bien realizada, de acuerdo con las normas de la Iglesia, cuidando el tono de voz, evitando la sensación de prisas y, sobre todo en el presbítero, la buena dicción de los textos proclamados, el vestir, el ritmo, los silencios, la motivación oportuna, la participación de la asamblea, etc., es la mejor catequesis que podemos hacer»* (Normativa Sinodal 112).

CONCLUSIÓN

Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza (1 Tes 4,13). La fe cristiana no elimina la aflicción ante la muerte, pero la ilumina por Cristo y en Cristo. La Iglesia acompaña el dolor del moribundo o de la familia de los fallecidos y los consuela con la proclamación de la esperanza cristiana, el misterio pascual de Jesucristo.

A photograph of two hikers with large backpacks walking away from the camera on a dirt path. They are heading towards a river and a large stone bridge in the background. The hiker on the left has a dark blue backpack, and the hiker on the right has a yellow backpack. The background features a city with several buildings, including a tall apartment building, and a hillside with trees. The sky is overcast.

PEREGRINOS DE LA ESPERANZA

A LAS PUERTAS DEL AÑO JUBILAR 2025

Comentario al lema a la luz de la bula
“la esperanza no defrauda”

D. Freddy José Marcano Rodríguez

Desde la centralidad de la oración, que es fuente de esperanza, acogemos con alegría la convocatoria del Jubileo Ordinario del Año 2025, anunciada por Su Santidad, el papa Francisco, el pasado 9 de mayo a través de la Bula «Spes non confundit», que significa «la esperanza no defrauda» (Rom 5,5). El Santo Padre desea que esta esperanza llene el corazón de todos aquellos que lean esta carta. Por ello, los invito a explorar «La esperanza no defrauda».

Como ya se anticipaba, la esperanza será el mensaje central del Jubileo. Esta convocatoria nos anima a intensificar nuestro deseo de ser “peregrinos de esperanza”, ya sea que viajemos a Roma o celebremos en nuestra iglesia particular de Ourense, o en ambos lugares de Dios. En cualquier caso, como señala el Vicario de Cristo, debe ser «un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, “puerta” de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Él, a quien

la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como “nuestra esperanza” (1 Tm 1,1)».

En la bula, Su Santidad aborda varios epígrafes que actúan como hitos y señales que nos guían en esta peregrinación de esperanza. Los dos primeros son «Palabra de esperanza» y «Camino de esperanza». El Santo Padre enfatiza que la esperanza no nos defrauda porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. La esperanza surge del amor y se basa en el amor de Dios, del cual nada ni nadie puede separarnos. Además, el Vicario de Cristo vincula la esperanza con la paciencia, afirmando que esta última mantiene viva a la primera en una sociedad caracterizada por la inmediatez y la prisa. Entretejer esperanza y paciencia revela la vida cristiana como un camino que requiere momentos de fortaleza para fortalecerse.

El tercer epígrafe es «Sig-

nos de esperanza». Este es una llamada a reconocer los signos de los tiempos y a interpretarlos a la luz del Evangelio, para que la Iglesia responda a las preguntas de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura, y la relación entre ambas (cf. Gaudium et spes, 4). Es fundamental prestar atención a lo bueno que existe en el mundo, en lugar de dejarnos dominar por lo negativo, convirtiendo los signos de los tiempos en signos de esperanza. Debemos esforzarnos por la paz, la dignidad de los pobres, los ancianos, los jóvenes, los migrantes, los enfermos, los encarcelados, y promover la vida en todas sus formas, cuidándola hasta el final.

El cuarto epígrafe de la bula es «Llamamientos a la esperanza». Comienza recordando que los bienes de la tierra están destinados a todos, especialmente a quienes más lo necesitan. El Siervo de los siervos de Dios, hace un lla-



mado para erradicar el hambre y condonar las deudas de los países incapaces de pagarlas. Además, al conmemorarse 1700 años del Concilio de Nicea, apela a concretar una forma sinodal en la Iglesia y a avanzar hacia la unidad visible de todas las Iglesias cristianas, proponiendo, como en ocasiones anteriores, la búsqueda de una fecha común para celebrar la Pascua.

Para vivir esta experiencia, nuestra Diócesis de Ourense está organizando dos grandes peregrinaciones a la Ciudad Eterna, los días 28 de abril al 04 de mayo de 2025 (peregrina-

nación diocesana) y del 24 al 28 de junio del año en curso (peregrinación del Clero y Seminario), con diversas opciones de participación. No solo podremos recibir la indulgencia plenaria, atravesando la puerta santa de la Basílica de San Pedro y cumpliendo las condiciones establecidas, sino que también podremos visitar lugares emblemáticos para la espiritualidad cristiana, en Roma y en otras ciudades italianas, armonizando la oración, como nos pide el Papa Francisco, con la contemplación de la belleza, que es un camino privilegiado de acceso a Dios.

Estas peregrinaciones también quieren ser una ocasión de convivir y de compartir juntos el gozo de la fe.

Finalmente, el último hito es vivir «anclados en la esperanza». La imagen del ancla simboliza la seguridad de aferrarse a Jesús, incluso en medio de las tormentas de la vida. Que, como dice el Romano Pontífice, nos dejemos atraer por la esperanza y, a través de nosotros, sea contagiosa para quienes la deseen. Nos acompaña la Virgen de Los Milagros, quien nos muestra a Cristo, vivo y glorioso, “nuestra esperanza”.





MISERICORDIA DE DIOS E INDULGENCIA JUBILAR

D. Jorge Juan Pérez Gallego

El apóstol san Pedro escribe en su primera carta: *¡Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo, para que tengamos una esperanza viva* (1Pe 1,3-5). Sí, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva. Se trata de la misericordia redentora, la misericordia regeneradora. El tiempo de Adviento y la llamada a vivir un Año jubilar nos ayudan a fijar nuestra mirada en el amor misericordioso de Dios, que nos sale al encuentro, y a saber aprovechar las gracias (indulgencias) que, este tiempo, nos ofrece, toda vez que nos sentimos necesitados de salvación.

La Misericordia infinita de Dios

La misericordia de Dios es un atributo divino que se extiende a toda la humanidad, incluyendo a los pecadores, como se ha revelado a través de la historia de la salvación. Como sabemos la palabra “misericordia” traduce la palabra hebrea *hesed*, que designa la fidelidad generosa de Dios para con su pueblo.

La misericordia de Dios no es una abstracción lejana, sino una realidad personal y concreta que se experimenta a través del perdón ofrecido por la Iglesia. Dios se acerca a nosotros en nuestra miseria y desesperación, ofreciendo su gracia gratuitamente como un verdadero *DON*.

Como **Jesucristo es por antonomasia el don de Dios**, a través de él Dios muestra y realiza su misericordia. Su resurrección es la máxima expresión de la misericordia de Dios, ya que a través de ella

y por su pasión se nos ofrece una nueva vida y una esperanza viva. La misericordia de Dios se manifiesta en la creación, en la historia de la salvación y en la vida personal de cada creyente. Por eso hemos de acogerla en nuestra historia concreta y personal.

Dios es un Dios de misericordia, no de juicio y condenación. Su deseo es salvar y liberar a la humanidad del mal. Recordemos las palabras que leemos en el libro del profeta Ezequiel: *¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (...) ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor. Convertíos y vivid.* (Ez 18,23. 3132).

La **misericordia de Dios nos llama a ser misericordiosos como Él**, a compadecernos del prójimo y a querer remediar sus males. Como escribía Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*, comparando al publicano arrepentido con el fariseo de la parábola nos muestra este **proceso de transformación misericordiosa**: «Sabe que necesita misericordia, y así aprenderá de la misericordia de Dios a ser él mismo misericordioso y, por tanto, semejante a Dios. Él vive gracias a la relación con Dios, de ser agraciado con el don de Dios; siempre necesitará el don de la bondad, del perdón, pero también aprenderá con ello a transmitirlo a los demás». Tener entrañas de misericordia, sentir compasión y deseo de remediar los males de nuestros prójimos sería una *grande señal* de ser hijos de Dios y de la verdadera caridad, como decía San Juan de Ávila.

La expresión más viva de la misericordia de Dios y el modelo para nuestra vida cristiana lo encontramos en el sacerdocio de Cristo, ya que él se hizo solidario con nosotros en nuestro sufrimiento para ofrecernos la salvación (*cf. Heb 2,17*). En su caso la misericordia no se trata del sentimiento superficial de quien se apiada fácilmente sino un compromiso de todo su ser estableciendo una relación tierna y fuerte de auténtica fraternidad entre él y nosotros. Toda la vida de la Iglesia, y especialmente el ministerio sacerdotal, tiene que ser prolongación de esta misericordia del sacerdocio de Jesucristo.

Para recibir la misericordia de Dios es necesario reconocer nuestra propia miseria y necesidad de perdón. Se trata de ese conocimiento interior de nosotros al que se refiere Dios mismo cuando nos habla del *arrepentimiento* (*Dt 30,4.1; Ez 18,21-22, 33,14-16; 1Jn 1,9-10*), y que experimentaremos como gracia desde la contemplación de Jesucristo, pues la última hondura y anchura del pecado sólo se descubre desde la mirada misericordiosa y entrañable del Padre, que ha aparecido en él.

Quien se sabe vencido por la misericordia, en adelante vive y pone siempre su esperanza en la misericordia de Dios: *quien no confía en sus grandes empresas, ni espera ser justificado por sus obras, tiene como única esperanza de salvación la misericordia de Dios*³⁷, decía san Basilio. Por eso **la oración es esencial para experimentar la misericordia de Dios**, ya que nos abre a su gracia y nos permite conocer su voluntad. Nos permite conocernos como Dios nos conoce en nuestra fragilidad, amados y llamados a su misericordia. Esta es nuestra esperanza.

Misericordia e indulgencia en la Iglesia

Las indulgencias son **un regalo de la misericordia de Dios**, administrado por la Iglesia, que nos permite a los fieles acercarnos al perdón y experimentar las riquezas del misterio pascual

37 Cf. SAN BASILIO, *Homilía sobre el salmo 32, 10*, en PG 29, 347.

de Cristo. Las indulgencias se definen como la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa; son por tanto inseparables de la virtud y del Sacramento de la Penitencia. Son un **tesoro de la Iglesia**, una expresión del amor redentor de Cristo, que nos reconcilió con el Padre y nos abrió el camino a la vida eterna. Por eso con las indulgencias la Iglesia no solo busca ayudar al cristiano a liberarse de la pena temporal, sino también impulsarlo a la caridad, queriendo reflejar a través de ellas la naturaleza misma de la misericordia divina, que no se limita al perdón, sino que nos llama a imitarle en el amor y el servicio al prójimo.

El Papa Juan Pablo II expresaba muy bien en qué consiste esta gracia jubilar de las *indulgencias*: “la Iglesia, dispensadora de gracia por expresa voluntad de su Fundador, concede a todos los fieles la posibilidad de acercarse, mediante la indulgencia, al don total de la misericordia de Dios, pero requiere que haya plena disponibilidad y la necesaria purificación interior, ya que la indulgencia no es separable de la virtud y del Sacramento de la Penitencia. Confío mucho en que con el Jubileo pueda purificarse en los fieles el don del «temor de Dios», dado por



el Espíritu Santo que, en la delicadeza de su amor, los lleve cada vez más a evitar el pecado y a tratar de repararlo en sí mismos y en los otros, aceptando los sufrimientos cotidianos y cumpliendo las diversas prácticas jubilares. Conviene descubrir el sentido del pecado, y para llegar a ello conviene descubrir el sentido de Dios”³⁸.

El año jubilar se nos ofrece como un **renovado descubrimiento de la misericordia de Dios, una profundización en las riquezas del misterio pascual**, una oportunidad para nuestra **renovación espiritual** y para un compromiso al servicio de la reconciliación que sea signo de paz y unidad para la humanidad.

38 SAN JUAN PABLO II, «*Aperite portas Redemptori*». *Bula de convocación del Jubileo para el 1950 aniversario de la redención*, n.8.

EL AÑO JUBILAR, CAMINO DE ESPERANZA PARA LOS POBRES

D. J.A. Feijóo Mirón



“Spes non confundit”, “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5) es este el título de la bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025. En ella el Santo. Padre nos invita y anima a vivir la esperanza que nace del amor y se funda en el amor del Corazón de Jesús traspasado en la cruz. Siguiendo el texto de la bula me gustaría fijarme en los distintos signos de esperanza que el Papa nos propone y hacer algunas propuestas concretas que pudieran manifestar estos signos en nuestra diócesis.

“Que el primer signo de esperanza se traduzca en **paz para el mundo**”; todos somos conscientes de los innumerables conflictos bélicos que asolan nuestro mundo y también de aquellos que tantas veces ignoran los medios de comunicación, pensemos en tantas persecuciones por causa de la religión que padecen nuestros hermanos en diversos países. Un gesto concreto en este año pudiera ser el pedir por la paz en la oración de los fieles, si bien es cierto que en muchos formularios ya aparece esta petición, pudiéramos explicitarla recordando alguno de esos conflictos concretos.

Un segundo signo de esperanza en el que se detienen el Santo. Padre es de **la apertura a la vida**. Ser signo de esperanza para que haya familias dispuestas a acoger el don de la vida. Vivimos, en nuestras comunidades, la situación de personas que no están dispuestas a abrir sus matrimonios a la fecundidad, y, lo que es más sangrante, el aborto se está convirtiendo en una de las primeras propuestas que se hacen a mujeres embarazadas en situación de exclusión o pobreza. Tratemos de revertir esto con la cercanía a esas personas y ponien-

do a su disposición los medios materiales y humanos para abrir a la esperanza estas situaciones.

“Llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en **los presos**”; el mismo Santo Padre nos propone crear itinerarios de inserción en la comunidad para estas personas. En nuestra diócesis existe un programa de apoyo a las personas que comienzan a recuperar su libertad. Apoyemos, también económicamente, a que este recurso habitacional siga funcionando y animemos a que haya personas dispuestas a acompañar en estas situaciones. Tanto desde la capellanía del centro penitenciario como desde Caritas están abiertos y deseosos de nuestra colaboración. “Que se ofrezcan signos de esperanza a **los enfermos** que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados por la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben”. El mismo Papa nos propone esa acción bien concreta en este ámbito: visitemos a los enfermos, ofrezcámosle la posibilidad de recibir al Señor en la Comunión, el auxilio de la Unción. ¿No será posible, desde nuestras comunidades parroquiales, animar a algunas personas, incluidos los sacerdotes, a realizar esta tarea?

“También necesitan signos de esperanza **los jóvenes**”. “¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!”. Esta cercanía requiere tiempo y paciencia. Secundemos las iniciativas que desde la *Delegación para la juventud* se nos proponen, podemos difundirlas más, hacerlas



Desde Cáritas trabajamos para que una vivienda digna no sea solo un dibujo

llegar a más jóvenes, animarlos, escucharlos, dedicarles algo más de tiempo, acompañarlos...

“No pueden faltar signos de esperanza hacia **los migrantes**, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas...”. Somos una tierra de acogida para tantos migrantes, sobre todo de Hispanoamérica. Muchas de nuestras comunidades se están viendo beneficiadas por la llegada de matrimonios jóvenes, por su apertura a la vida, por su religiosidad y cercanía a la Iglesia. Debemos ser capaces de acogerlos y ayudarles a solucionar tantos problemas como supone el abandonar sus países con todo lo que ello supone. Una de las acciones de nuestra programación diocesana consiste en hacer, con motivo del Jubileo, una donación para el programa de atención a **las personas migrantes, refugiados y mujeres víctimas de trata**. Pongamos esfuerzo e ilusión en llevarla adelante.

Desde la *Vicaría para el desarrollo humano integral*, en donde se engloba Caritas y distintos secretariados que, de modo transversal, tratan de acompañar a estas personas, se están incrementando los medios para intentar paliar sus necesidades y ayudarles a integrarse en nuestra tierra, piensen en la necesidad de vivienda, de trabajo, de material escolar para sus hijos, de alimentación... Seguro que desde nuestras comunidades podemos ayudar un poco más, podemos acogerlos en nuestras celebraciones, en la catequesis. Agudicemos la imaginación, que espoleada por el amor suele ser muy fecunda. “Esperanza para los **millares de pobres**, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos”. Ha crecido el número de personas que están en riesgo de exclusión social debido a que sus ingresos no son suficientes para hacer frente a lo necesario para una vida digna, el comedor de Cáritas es buena muestra de ello, creciendo el número de personas que acuden diariamente al mismo, muchas Cáritas parroquiales son ejemplo de la necesidad de alimentos para tantas personas. Debemos concienciar a los miembros de nuestras comunidades sobre estas necesidades, seguros que, gracias a su generosidad, el amor de Dios y la esperanza también llegará a ellos.

Cuando hablamos de las nuevas pobreza estas son algunas de las caras de la misma. No nos deben ser indiferentes. Si la caridad es el elemento transversal de todas nuestras acciones, es la muestra de nuestra fe, debemos tomarnos en serio el sufrimiento de nuestros hermanos y actuar como el buen samaritano de la parábola; en el Sínodo Diocesano hablábamos de una *Iglesia acogedora, samaritana*; tratemos de llevarlo a la práctica.

El objetivo tercero de la programación dice así: *Salir de nosotros mismos para acoger, acompañar y mostrar el amor de Dios, fortaleciendo la comunidad*. Tratemos de hacerlo realidad en nuestra cercanía a los más pobres, para que el año jubilar acerque la esperanza a todos ellos.

ABRIR LA PUERTA A LA ESPERANZA

**Puerta santa y sacramentos de curación
en la vida y comunidad cristiana**

D. José Manuel Villar Suárez

Una Puerta Santa es una puerta especial designada en una catedral, santuario o templo significativo que simboliza a Jesucristo quien dijo: *Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará...* (Juan 10,9). Los peregrinos pasan por la Puerta Santa como una señal de que están dejando el pecado pasado atrás y entrando en una nueva forma de vida cristiana. San Juan Pablo II señala que: *Pasar a través de la puerta significa confesar que Jesucristo es el Señor; es el fortalecimiento de la fe en Él para vivir la nueva vida que Él nos ha dado.* Pasar por una Puerta Santa con la firme resolución de seguir a Cristo en nuestra vida como dice el Papa Francisco: *Será una Puerta de la Misericordia, a través de la cual cualquiera que entrará podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza.*

Teniendo en cuenta lo anterior, permitidme subrayar la importancia de los sacramentos de cura-acción que ofrece la Iglesia porque lo que tenemos que subrayar sobre todo es que no son acciones “mágicas” sino de Cristo que curan alma y cuerpo, si Él no aparece suficientemente destacado algo está fallando en nuestro hacer como ministros. Deberíamos entonces atender a las advertencias del santo padre Francisco en *Desiderio Desideravi*, 57 sobre nuestro modo de hacer-celebrar las acciones salvíficas. Comprobamos, con gran preocupación, como son cada día menos los que se confiesan y son cada vez más los que lo hacen como una mera rutina. Esto se aprecia incluso en los santuarios. Así también ocurre con el sacramento de la Unción, pero con desigual solicitud. En algunas zonas rurales, más cuidadas espiritualmente, se requiere al sacerdote para la Unción. También el buen trabajo de los capellanes en los hospitales hace que siga solicitándose entre los enfermos incluso con el desagrado o, en algunos casos, la oposición de los familiares.

Las causas de la crisis de ambos sacramentos son diversas y el poco espacio de este artículo no nos permite analizarlas todas y con detenimiento. Más grave, si cabe, la problemática



ca respecto del sacramento de la Penitencia. La confusión doctrinal reinante, la crisis de la conciencia de pecado, ya señalada por el Papa Pío XII, que esconde un fracaso en la transmisión de la fe y la irrelevancia de la salvación obrada por Nuestro Señor Jesucristo son causas a tener en cuenta. Incluso se olvida lo que dice la carta de Pedro: *Sabéis que fuisteis liberados de vuestra conducta inútil... no con algo corruptible, con oro o plata, sino con una sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto, ni mancha, Cristo* (1Pe, 18-19). El buenismo reinante ha ido erosionando hasta tal punto el anuncio de la Salvación en aras de un reino ideológico, que no es el Reino de Cristo, que ha dejado ya sin repercusión en las conciencias el anuncio de Jesús: *Convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1, 15).

No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos, dice el Señor (Mc 2,17). Y enfermos física, psíquica y espiritualmente estamos todos en mayor o menor grado. El mismo concepto latino *Salus*, reúne en sí esta doble dimensión que abre las puertas de la esperanza: *salvación y salud*. Si el sacramento de la Penitencia va dirigido a la curación del corazón dañado o gravemente alejado de Dios por los pecados, con saludables repercusiones psicológicas, anímicas, afectivas... el sacramento de la Unción de enfermos, va dirigido a solicitar de la Providencia de Dios la salud, física y psíquica, con efectos de reconciliación que abre las puertas de la Vida. A todo esto, hay que añadir el necesario *ars celebrandi* de ambos sacramentos. En la penitencia sería bueno recuperar la tradicional explicación del catecismo para colocarnos ante el Redentor pidiéndole perdón: *Kyrie eleison*. Esos elementos son imprescindibles para entender el sacramento: *examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia*. A la luz, sobre todo, de los viejos Diez Mandamientos, en la tri-

ple referencia al Señor, al prójimo y ante uno mismo. De gran ayuda sería que leyéramos los nn. 1422-1498 del *Catecismo de la Iglesia Católica*. De igual modo celebrar con unción, no como mero gabinete psicológico, con la humildad que nos da saber que los sacerdotes somos también pecadores y a la vez re-presentamos a Cristo que dice: *Venid a mi... y aprended de mi* (Mt 11, 28-29). Observando el *Ritual de la Penitencia* en su última reedición, con algún espacio para la Palabra de Dios y la plegaria. Y no importa que nuestros feligreses no sientan el peso del remordimiento, lo importante es que den crédito a Jesús y pidan perdón porque saben que de la tragedia del pecado sabe más Él que nosotros.

Referente a la santa Unción, ni se trivialice como “una cosa más que te ponen en la iglesia”, ni como el seguro pasaporte al otro mundo. Celebrada, es decir, como un don del Señor que como a la suegra de Pedro nos toma de la mano para que se nos pase la fiebre (Mt 8,15). Como dice el Papa Francisco: *Jesús mismo quien viene a aliviar al enfermo, a darle fuerza, a darle esperanza, a ayudarlo; y también para perdonar sus pecados. ¡Y esto es muy hermoso!*, de ahí su importancia pastoral. Que mejoremos de nuestros dolores, encontremos ánimo para sobreponernos y el consuelo del perdón. Este sacramento asegura la cercanía de Jesús al dolor de quien yace enfermo o anciano, el alivio de sus sufrimientos y el perdón de sus pecados, pero no es sinónimo de la recepción de un milagro de sanación del cuerpo ni de la muerte inminente. Repasemos lo que dice el Catecismo también sobre este sacramento de curación (nn. 1499-1532).

En definitiva, pasar por la Puerta Santa desde los sacramentos de cura-acción nos ayudará a descubrir, como dice el Papa Francisco, que *la misericordia es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado*.



CAMINANDO JUNTOS EN ESPERANZA

“Pararos en los caminos y mirad, preguntad, por la senda antigua: ¿Cuál es el buen camino? Seguidlo, y hallaréis descanso.» (Jer 6, 16)

En medio de los desafíos y las incertidumbres del tiempo presente, estamos llamados a detenernos, reflexionar y preguntar por el buen camino. Jesús, a través del Espíritu, nos invita a discernir con valentía, mirando al futuro sin miedo, con la certeza de que somos parte de una historia mayor que nosotros mismos. Como vida consagrada, no caminamos solos. Nos une una red que teje los sueños y anhelos del Reino de Dios, siempre en comunión con la Iglesia (a nosotros hoy en nuestra diócesis) y con la huella indeleble de nuestros carismas.

Nuestra vocación no es solo una llamada personal, sino una responsabilidad eclesial. No importa cuán diferentes sean nuestros caminos, en Cristo todos formamos parte de la misma misión: ser luz

LA VIDA CONSAGRADA SEMBRADORA DE ESPERANZA



y sal, esperanza viva en un mundo que tanto lo necesita. Somos conscientes de nuestras limitaciones, del envejecimiento de nuestras comunidades y de los pocos relevos que tenemos. Pero hay algo que no puede faltar: la **esperanza**.

San Pablo nos exhorta: “No os aflijáis como los que no tienen esperanza” (1 Tes 4, 13). Nosotros, los consagrados, somos un **don para la Iglesia**, una semilla que, aunque pequeña, lleva la promesa de un árbol frondoso. Si solo miramos nuestra fragilidad, podemos desanimarnos, pero si visualizamos el futuro que Dios tiene preparado, avanzamos con alegría y con los ojos puestos en la esperanza que no defrauda.

Nuestros fundadores supieron ver más allá de su tiempo. Se arriesgaron, cruzaron fronteras y abrazaron el futuro con una confianza total en Dios. Hoy, nosotros somos llamados a hacer lo mismo. No importa nuestra edad ni nuestras fuerzas físicas; **la Pastoral de la Presencia** es una oportunidad para ser testigos del amor incondicional de Dios, con nuestra escucha, acompañamiento y disponibilidad. Aunque disminuyamos en actividad, somos signos visibles del amor gratuito de Dios.

San Pablo nos invita a “permanecer fieles al Señor con un corazón firme” (Hch 11, 23). Es en la fidelidad diaria donde el Espíritu Santo sigue modelando nuestra vida, impulsándonos hacia un camino



más evangélico, sin resistirnos a la gracia que nos transforma. Conformarnos a Cristo, el Maestro de Nazaret, es la esencia de nuestra vida consagrada. Y este camino no se hace en soledad; lo hacemos **en comunión**, dejando que el Espíritu nos guíe, nos renueve y nos llene de coraje para enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Sabemos que la esperanza no se construye en nuestras fuerzas o números, sino en los dones del Espíritu. Por eso, como San Pablo, decimos: “Olvido lo que queda atrás y me esfuerzo por alcanzar lo que está por delante” (Flp 3, 13-14). En medio de un mundo que a menudo carece de esperanza, que está agobiado por el miedo y la tristeza, nuestra misión es clara: **ser profetas de esperanza**, como lo fueron nuestros fundadores.

A veces puede asomar el peligro de conver-

tirnos en gestores de la rutina, olvidando el destello inspirador con que comenzó nuestro seguimiento. Sin embargo, la esperanza es lo que nos empuja a seguir adelante, a creer que **entregarnos completamente a Dios, con todas nuestras fragilidades, es posible**. Sabemos que el Señor, a pesar de nuestras limitaciones, **no nos abandona jamás**.

Soñamos con una Vida Consagrada que:

- **Cruza las fronteras de nuestros propios límites**, buscando siempre el puente de unión con nuestros hermanos, mirando el mundo con los ojos de Dios.
- **No tiene miedo de abrirse al Espíritu**, a los demás, y de asumir los riesgos necesarios para abandonar las viejas sendas y aventurarnos en caminos nuevos.
- **Se convierte en un faro de luz** que ilumina el mundo, contemplando los sufrimientos de la humanidad con compasión y esperanza renovada.
- **Despierta esperanza**, siendo catalizadores del Evangelio de Jesús de Nazaret

“La esperanza, dice Dios, eso sí que me admira, eso sí que es sorprendente. Que estas pobres criaturas vean cómo va todo y crean que mañana irá mejor. Que vean cómo va hoy y crean que mañana por la mañana irá mejor. Esto sí que es sorprendente y es realmente la maravilla más grande de mi gracia. Yo mismo estoy sorprendido. ¡Hace falta que mi gracia sea de verdad una fuerza increíble!” (Charles Peguy).

Avancemos juntos con la certeza de que la esperanza no es solo un deseo, sino una certeza en la promesa de Cristo. En Él, todo es posible. ¡Seamos sembradores de esperanza, signos vivos del Reino que ya está en medio de nosotros!



LA REINA DE LA PAZ EN MEDJUGORJE

D. Francisco López Gómez

1.- Nota del Dicasterio para la doctrina de la fe sobre la experiencia espiritual vinculada a Medjugorje

A finales del pasado mes de septiembre, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe (en adelante DDF) hacía público el documento “La Reina de la Paz”, *Nota sobre la experiencia espiritual vinculada a Medjugorje* (en adelante Nota). En este escrito, aprobado por el papa Francisco el 28 de agosto de 2024, se reconocen los abundantes frutos espirituales vinculados a la parroquia de Santiago Apóstol en Medjugorje. La Nota de la Santa Sede, redactada al amparo de las nuevas *Normas para el discernimiento de presuntos fenómenos sobrenaturales*, que el propio DDF había aprobado el pasado mes de mayo, en su conjunto realiza un juicio positivo sobre los mensajes, aunque es cierto que presenta y describe algunas matizaciones. Finalmente, pone en valor los frutos espirituales y de conversión que allí se producen y por ello concede *un nihil obstat* para el culto público a la Virgen en aquel lugar.

La Nota comienza poniendo de manifiesto que *ha llegado el momento de concluir una larga y compleja historia en torno a los fenómenos espirituales de Medjugorje. Se trata de una historia en la cual se sucedieron opiniones divergentes de Obispos, teólogos, comisiones y analistas*. Las supuestas apariciones de la virgen María, Reina de la Paz, a los videntes comienzan el 24 de junio de 1981, es decir, hace más de cuatro décadas, durante las cuales cientos de miles de personas, de todo el mundo, se acercaron hasta aquel pueblo de Bosnia sin que la Santa Sede apenas se pronunciase sobre los hechos sobrenaturales que allí podían estar ocurriendo. En mayo de 2019, el papa Francisco autorizaba las peregrinaciones a Medjugorje, que desde aquel



la valoración de los abundantes
y difundidos frutos, tan bellos
y positivos, no implica declarar
como auténticos los presuntos
acontecimientos sobrenaturales
sino, solamente, poner en evi-
dencia que “en medio de” este fe-
nómeno espiritual de Medjugorje
el Espíritu Santo actúa eficaz-
mente para el bien de los fieles.



momento podían empezar a ser organizadas de forma oficial por las diócesis y parroquias y ya no era necesario que los fieles se acercasen solamente de forma “privada”, como había ocurrido hasta ese momento. Este hecho, ocurrido ya hace cinco años, fue un primer paso, para el otorgamiento del permiso para el culto público que ahora se ha concedido.

El documento del DDF comienza evaluando de forma muy positiva los frutos espirituales que han experimentado tantos peregrinos que se han acercado a los lugares de las apariciones, destacando las *“abundantes conversiones; frecuente retorno a la práctica sacramental (Eucaristía y Reconciliación); numerosas vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y matrimonial; profundización de la vida de fe; una práctica más intensa de la oración; numerosas reconciliaciones entre los esposos y la renovación de la vida matrimonial y familiar, además de conversiones de personas alejadas de Dios y de la Iglesia, que han pasado de una vida marcada por el pecado a cambios existenciales radicales orientados al Evangelio.* Por ello, la Santa Sede concluye que *se han producido muchos frutos positivos y no se han difundido efectos negativos o de riesgo entre el Pueblo de Dios, eso sí, matiza que las experiencias de fe de los peregrinos deben desvincularse de la experiencia de los supuestos videntes, que ya no se deben percibir como mediadores centrales del fenómeno Medjugorje, en medio del cual el Espíritu Santo obra tantas cosas bellas y positivas.*

La Nota también dedica varias páginas al análisis de los mensajes que la Reina de la Paz habría dirigido a los videntes en los últimos cuarenta años; en general, el juicio sobre los mensajes es positivo, aunque con precisiones sobre algunas expresiones utilizadas; ya que, aunque en el conjunto de los mensajes hay muchos elementos positivos y de gran valor *que expresan con palabras diferentes las enseñanzas del Evangelio, algunos de ellos se alejan de estos contenidos positivos y edificantes e incluso parece que llegan a contradecirlos, al presentar errores teológicos, contradicciones, o al dar apariencia de estar relacionados con los deseos o intereses de los presuntos videntes o de otras personas.* Por ello, advierte el DDF que *los fieles deben estar atentos y ser prudentes a la hora de interpretar y difundir los presuntos mensajes.*

A la luz de los supuestos mensajes de la Reina de la Paz, *uno de los rasgos predominantes de la espiritualidad que emerge de los mensajes es el confiarse a Dios a través de una plena confianza en María, para ser instrumentos de paz en el mundo.* Paz que podremos conseguir comenzando por la conversión personal, pidiendo la ayuda constante del Espíritu Santo, por ello, la virgen insiste en la *invitación constante a abandonar un estilo de vida*

mundano y un apego excesivo a los bienes terrenos con frecuentes invitaciones a la conversión, que hace posible la verdadera paz en el mundo.

En los mensajes es constante la exhortación a orar asiduamente, a la participación en la Eucaristía, el ayuno y la confesión frecuente; viviendo así la alegría cristiana, siguiendo a Cristo y siendo agradecido por las cosas bellas de la vida.

Finalmente, el DDF concluye que *la valoración de los abundantes y difundidos frutos, tan bellos y positivos, no implica declarar como auténticos los presuntos acontecimientos sobrenaturales sino, solamente, poner en evidencia que “en medio de” este fenómeno espiritual de Medjugorje el Espíritu Santo actúa eficazmente para el bien de los fieles. Por tanto, se invita a apreciar y compartir el valor pastoral de esta propuesta espiritual.* Matizando además que el *nihil obstat* indica que los fieles pueden recibir un estímulo positivo para su vida cristiana a través de esta propuesta espiritual y autoriza el culto público, insistiendo en que *las personas que van a Medjugorje se les debe orientar fuertemente a aceptar que las peregrinaciones no se hacen para encontrarse con supuestos videntes, sino para tener un encuentro con María, Reina de la Paz, y, fieles al amor que ella tiene por su Hijo, encontrarse con Cristo y escucharle en la meditación de la Palabra, en la participación de la Eucaristía y en la adoración eucarística. Como sucede en tantos santuarios de todo el mundo, donde la Virgen María es venerada con los más variados títulos.*

2.- Testimonios de un encuentro.

El *Secretariado de Infancia y Juventud*, antes de hacerse pública esta Nota del DDF, organizó una peregrinación de jóvenes a Medjugorje, que tuvo lugar del 27 de julio al 2 de agosto de este año 2024. En la misma participaron más de cuarenta jóvenes y sacerdotes de nuestra diócesis.

Durante una semana los peregrinos visitaron Milán, Venecia, Dubrovnik, Padua y Zaragoza; pero el destino principal y meta de la peregrinación era la parroquia de Medjugorje y los lugares de las apariciones de la Reina de la Paz. Los jóvenes ourensanos llegaron a Bosnia el lunes 29 de agosto, aquella tarde, después de la catequesis sobre las apariciones, muchos jóvenes se acercaron al Sacramento de la Penitencia en el entorno de la iglesia parroquial, en donde casi medio centenar de sacerdotes de diferentes partes del mundo, estaban confesando, también los sacerdotes peregrinos de nuestra diócesis; Don Santiago Fernández, uno de ellos, nos relata la impresión que le ocasionó *la necesidad de la confesión que la gente manifestaba en Medjugorje y el fervor con el que recibían al Señor en la comunión.* Por su parte, Don José Manuel Salgado nos indicaba que *destaca la experiencia de pasar horas confesando en Medjugorje con muchísimos otros sacerdotes ante grandes colas de penitentes. He tenido la oportunidad de confesar muchas veces en Fátima, en Lourdes, en las JMJ, en las Javieradas, en países de Latinoamérica donde la gente se confiesa mucho, etc; pero nunca había vivido algo semejante... En Medjugorje se palpa el espíritu de conversión y cómo Dios toca las almas. Puedes pasar horas y horas confesando ininterrumpidamente y contemplando cómo Dios atrae y cambia los corazones más endurecidos.*

Luego participaron en la Misa internacional, con miles de peregrinos de diversas nacionalidades, en donde pudieron experimentar la universalidad de la Iglesia, y la comunión en la oración fraterna y en la devoción a la virgen María. Mónica Iglesias en su testimonio nos decía: *me ha quedado grabado en la retina algo que sucedió durante la celebración de la Eucaristía*

en la explanada. Hacía mucho, mucho calor. Y vi como un niño, de sobre 9 años, paseaba un carrito con el que debía de ser su hermano, el cual tenía algún problema. El niño iba y venía con una sonrisa paseando a su hermano, al pequeño se le veía feliz. En el momento de la consagración, paró de pasear al hermano, se puso de rodillas y agarró la mano del pequeño. Me pareció tal muestra de amor y paz...

Aquella misma noche, después de la cena, los peregrinos se pusieron en camino desde el centro del pueblo, hasta el Monte de las Apariciones. Fue este uno de los momentos centrales de la peregrinación; al llegar al pie de la colina, comenzaron la subida mientras rezaban el rosario. El camino escarpado, empinado y lleno de piedras sumado a la escasa luz, les dificultaba el ascenso, pero las ansias por llegar a aquel lugar santo eran mayores; después del rezo de los tres primeros misterios gozosos del rosario, los jóvenes pudieron contemplar, en medio de la oscuridad de la noche, la imagen iluminada de la Reina de la Paz; se hizo el silencio y comenzó una media hora de oración personal, que a todos se les hizo corta, fue un momento que marcó de forma especial a todos los peregrinos ourensanos y así lo manifestaron; María Luis decía: *no me esperaba que subir al monte de la virgen me impresionara tanto*, por otra parte, Martín Álvarez manifestó que acudió a la peregrinación sin ningún objetivo fijo *pero sobre todo después de ver a la Virgen en Medjugorje me doy cuenta que algo ha cambiado en mí*, y Mónica Iglesias, en su testimonio también hacía referencia a este momento *de encuentro que ha calado en nuestros corazones y también en nuestros pies, fue la subida al Monte de las apariciones, camino duro, ascendiendo sobre un pedregal, con noche cerrada y llegar arriba y ver a la Virgen, oír los violines y la paz que transmitía el lugar... Las piedras son los problemas que nos aparecen durante nuestra vida, y que con la ayuda de la Virgen todo se puede superar.*



La peregrinación terminó, los jóvenes volvieron a sus hogares, con la experiencia de un encuentro de fe que les ha transformado, no podemos dejar que esta llama se apague, sino que es necesario que ayudemos a mantenerla viva. En este sentido Don José Manuel Salgado testimoniaba que había experimentado *una vez más que los jóvenes tienen sed de Dios, que necesitan espacios y momentos de oración de tú a Tú con Jesucristo y con su Madre. ¡La adoración eucarística, el silencio orante prolongado y el rosario diario son experiencias transformadoras, según ellos mismos testimonian! Dios ha derramado su gracia abundantemente y hemos visto milagros de conversión y de vocación. Ahora toca seguir cuidando las semillas que Dios ha sembrado en el corazón de los jóvenes y acompañarlas para que puedan fructificar. ¡Gracias a todos los chicos y chicas que nos han devuelto la esperanza! ¡Ojalá que los sacerdotes no tengamos miedo a dar nuestro tiempo y sacrificar nuestra vida por, con y para los jóvenes!.*

¿PARA QUIÉN SOY?



CONGRESO DE VOCACIONES 2025 ASAMBLEA DE LLAMADOS PARA LA MISIÓN

D. José Manuel Salgado Pérez

Responsable diocesano para el Congreso de Vocaciones

Del 7 al 9 de febrero de 2025, todas las diócesis españolas participarán en el Congreso de Vocaciones que organiza la Conferencia Episcopal Española en Madrid, concretamente en el Pabellón multiusos «Madrid Arena», que será la sede del Congreso. A la diócesis de Ourense le corresponden dieciséis participantes. Este grupo ya se ha formado y ha comenzado a trabajar de cara a la preparación y participación en dicho acontecimiento. Tal y como se pide, el grupo está formado por sacerdotes, seminaristas, religiosos, matrimonios y representantes del ámbito de misiones y catequesis, además de quienes trabajan en la pastoral juvenil y vocacional; hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes; todos llamados y enviados. Nos llena de ilusión este acontecimiento eclesial y deseáramos que toda la Iglesia diocesana se ilusione con nosotros.

¿Para qué este Congreso? Así se nos describen los objetivos en la página web www.paraquiensoy.com, que invito a todos a visitar:

«El gran objetivo de este Congreso es **celebrar una gran fiesta de la Iglesia** que la muestre **como asamblea de llamados**, pues eso quiere decir la palabra Iglesia -*Ecclesia*-, asamblea de los llamados. Un encuentro eclesial que, con su preparación y acogida posterior, ayude a caer en la cuenta de que el Señor no deja de llamar y, por consiguiente, la vida cristiana es vocación, más aún, la vida es vocación.

El segundo gran objetivo del Congreso es impulsar y **consolidar** en cada una de nuestras **diócesis** un **servicio que anime la vida vivida como vocación**. Como se nos ha invitado con tanta fuerza en la primera sesión de la Asamblea sinodal, queremos dar pie a un ejercicio de colaboración, un proyecto compartido. No podemos hablar de vocación sin vocaciones y no tienen sentido las vocaciones sin vocación.

El lema. «¿Para quién soy?». Esta pregunta

que el Papa Francisco hace a los jóvenes en la exhortación *Christus vivit* (n. 286) sirve de lema de este Congreso. El interrogante une dos inquietudes que latén en todo corazón humano: la identidad y el sentido de la vida. La síntesis que las reúne la encontramos en la exhortación *Evangelii gaudium*: «Soy una misión en esta tierra» (n. 273). La búsqueda de respuesta en el discernimiento ha de hacerse en la Iglesia, asamblea de llamados.

El logo. El lema deja implícito el “yo” que aparece desvelado en el logo en todas sus perspectivas. No es un yo aislado e individual. Es personal, comunitario y esponsal, buscando un amor recíproco y fecundo. La cruz de Jesús aparece de modo implícito, ya que es Él quien «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»³⁹.

Recursos para leer y trabajar. En la página web del Congreso se nos ofrecen unas fichas para el discernimiento y un interesante documento de trabajo. Este último se titula «**Del pienso, luego existo al soy llamado, por eso vivo**». Se nos propone dar el paso de la pastoral de la opción y los valores a la pastoral de la obediencia y la santidad. La vida es un don y es vocación. Desde esta convicción, toda persona que viene a este mundo está vocacionada, es decir, llamada a la vida. Además, llamada a la vida cristiana y, dentro de ella, llamada a una vocación específica.

En definitiva, queremos hacer una propuesta fuerte de comunión en la Iglesia, toda ella “asamblea de llamados”: **cultivar la vida como vocación para que surja “una cultura vocacional”**. Ello se realiza en la fidelidad de cada miembro a su vocación:

- Los *pastores*: entregar el amor del Señor como caridad pastoral.
- Los *laicos*: entregar el amor del Señor

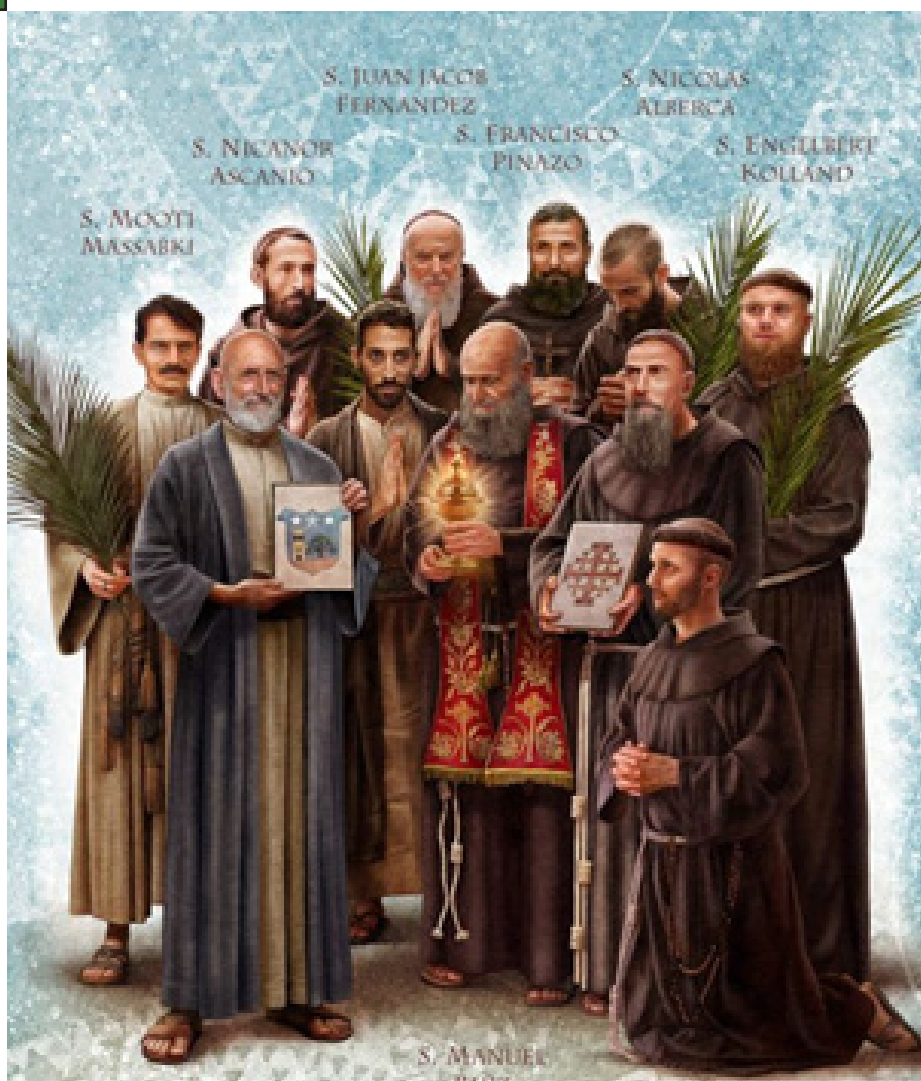
como caridad política. Entre ellos, los *matrimonios* como caridad esponsal.

- Los *consagrados*: entregar el amor del Señor como caridad consumada.

¿Qué podemos hacer? Además de que un grupo de nuestra diócesis –presidido por nuestro Obispo– participe en el Congreso representando a todos los fieles cristianos de esta Iglesia local, lo importante sería que en el año 2025 –y como post-congreso– todos nos implicásemos en **crear una cultura vocacional**. Especialmente con los niños, adolescentes y jóvenes, hemos de cuidar presentarles la vida como vocación y proponerles con valentía la vocación al matrimonio cristiano, al sacerdocio y a la vida consagrada. Todas estas vocaciones son para la misión de la Iglesia, cada una a su modo, pero todas necesarias.



39 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.



FR. JUAN JACOB, UN ORENSANO EN LOS ALTARES

Hna. María de la Santa Cruz Alonso Gallego
Directora del secretariado Para la Causa de los santos

Al día siguiente comenzó el populacho a provocar audazmente a “los perros cristianos” (así llamados por los drusos), lanzando en el barrio cristiano de Damasco “perros pintados con los colores de algunas banderas europeas y con cruces de madera colgadas del cuello de dichos animales”. En tres días, las víctimas llegaban a 3000 muertos. El emir argelino Abd el-Qáder dio asilo a 1.500 cristia-

nos. Jesuitas, Paúles e Hijas de la Caridad fueron invitados a refugiarse en el palacio del emir. Los franciscanos deciden permanecer en su convento para dar cobijo a otros cristianos y maronitas. Llegó el 9 julio 1860. Algunos grupos drusos cantaban por las calles la *Mahla debh in Nas-sarah* (lit. el Dulce y Agradable Sacrificio de Cristianos). Poco después de la medianoche, empezaba el asalto al

Convento franciscano de la conversión de San Pablo. Los ocho franciscanos, entre ellos Fray Juan Jacobo Fernández, se reúnen en la Capilla. Allí el superior les exhorta lleno de emoción ante el Santísimo expuesto. Reciben la comunión y se preparan para entregar la vida por el Nombre de Cristo. Los cristianos maronitas refugiados en el convento fueron las primeras víctimas de las cimitarras turcas, seguidos por los religiosos y el resto de alumnos del colegio. También los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos...

Cuando la Iglesia presenta un nuevo santo, el Espíritu Santo mueve la Iglesia para que pongamos la mirada en aquel que fue capaz de vivir el amor hasta el extremo, que acudamos a él, que nos sirva de modelo en nuestra vida, en lo ordinario y en lo extraordinario.

Nuestro Señor Jesucristo afirma: “el Padre me ama, porque Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que la doy voluntariamente” (Jn. 10, 17-18); cinco capítulos después: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos” (Jn. 15, 13) y finalmente lo confirma con su propia vida cuando subido al madero de la Cruz, “reclinando la cabeza, entregó el Espíritu” (Jn. 19, 30). El martirio ha sido, desde los inicios de los procesos de beatificación, la primera

causa de santidad en la Iglesia: quien da la vida por Jesucristo, amando y perdonando a sus perseguidores es testigo de Jesucristo, mártir (del griego, *μάρτυς*, *-υπος*: testigo). Desde los primeros siglos, han sido considerados santos las personas que murieron *sobrenaturalmente* llevando el amor hasta el extremo como lo hizo Nuestro Señor.

La Iglesia es santa y no puede dejar de serlo (CEC, 823). La santidad constituye el mayor tesoro de la Iglesia universal, de la Iglesia local, de un pueblo, de una ciudad. La santidad es la presencia del Amor de Dios en una persona de la misma condición que cada uno de nosotros, con las mismas debilidades, inquietudes, alegrías y sufrimientos, pero, que, con la ayuda de la gracia divina, logró que esa presencia de Dios se hiciera visible en su propia vida y conducta.

La santidad de Juan Jacobo Fernández es más que un honor para nuestra Diócesis, es un tesoro. Una riqueza mucho mayor que las piezas más valiosas del mejor museo de nuestro entorno, que las mejores obras de arte de nuestra geografía.

Un santo es el tesoro de la santidad guardado en el *vaso de barro* de la condición humana. Al vislumbrar la vida del beato Fray Juan Jacobo y sus hermanos, su entrega, su alegría, su fidelidad a Cristo,

todo ourensano puede exclamar, como en su día lo hicieron san Ignacio de Loyola: “*Si ellos pudieron, ¿por qué yo no?*”, si el beato Juan Jacobo Fernández pudo, ¿por qué yo no?

Hasta hoy, Juan Jacobo Fernández, ha sido presentado a la Iglesia diocesana de Ourense como modelo para el ámbito local, para la Iglesia diocesana. Tras la canonización, san Juan Jacobo Fernández será propuesto a la Iglesia universal, a todos los pueblos de la tierra, como modelo e intercesor.

Nacido en Moire, (Ourense) el 25 de julio de 1808, en una familia numerosa, ingresó como hermano lego a los 22 años en el convento franciscano de san Antonio de Padrón. No habían transcurrido cinco años cuando la situación de la Iglesia en España obliga a los franciscanos a la exclaustación y regresa a su pueblo natal. Aquí vivió entre los suyos deseando que llegara el momento de reincorporarse entre sus hermanos franciscanos.

Finalmente, en 1859 con algo más de cincuenta años encuentra la ocasión: se ofrece como voluntario para ir a la misión franciscana en Tierra Santa. Su destino será el convento de la Conversión de san Pablo de Damasco, y entre otros oficios, cocinero. “Se hizo admirar por su fervor y por su espíritu de humildad”.

Al año siguiente de su llegada se desencadenó la persecución que le llevaría al martirio. Del testimonio de su vida se recoge que “su corazón estaba lleno de Dios. Y era tan hondo su espíritu de unión con el Crucifijo, que, sin preocuparse de cuanto se presentaba en Damasco, se sostuvo en inalterable serenidad, captándose desde un principio el afecto general. Los testimonios recogidos admiran unánimemente su fervor, devoción y su gran espíritu de humildad”. Dios le preparó para el sublime momento, su sí definitivo, consumado en el amor y el perdón a los enemigos.

El próximo 20 de octubre está prevista la canonización de Fray Juan Jacobo Fernández y otros diez mártires que, con él murieron por odio a la fe. Al *canonizar* al beato Fray Juan Jacobo, la Iglesia reconoce el poder del Espíritu de santidad, que está en ella, y sostiene la esperanza de los fieles proponiendo a los santos como modelos e intercesores (cf. LG 40; 48-51). Hoy la Iglesia, en sus difíciles circunstancias, se acoge a la fuente y el origen de renovación que son sus santos.

A partir del 20 de octubre, nuestro hermano y vecino, el beato Juan Jacobo Fernández será fuente y origen de renovación para nuestra Iglesia y para cada uno de nosotros (Cfr. CL 17, 3).

LA PARROQUIA, CASA DE LA ESPERANZA

D. Luis Rodríguez Álvarez

Vestida de paciencia, deliberadamente decidida a permanecer, la esperanza resiste en medio de nuestra compleja y desengañada historia, verdea en la fragilidad y la belleza de un pequeño brote, haciéndose presencia discreta y vulnerable pero persistentemente sostenida, allí donde hay un clamor, un lamento, una necesidad, un grito, una desgracia, una puerta que se cierra, una ilusión que se trunca, una vida que se escapa. La pequeña esperanza que anima, sostiene, acompaña y resurge. Sin grandes luminarias, sin títulos provocativos, sin ruidos, sin espacio en los medios de comunicación, sin reconocimientos en las tertulias, la pequeña luz de la esperanza sigue ardiendo y provocando fuegos allí donde “alguien” ha renunciado a su tiempo, ha anulado la cita con sus deseos y se ha desprendido de su legítima aspiración a realizarlos; ha pospuesto su trabajo, ha ignorado su cansancio y olvidado sus dolores, sus años y sus miedos, para salir al encuentro “del otro”, para – en medio de la oscuridad, el sin sentido y la ausencia de futuro – hacer presente al Dios de la esperanza. Esa esperanza que impregna la vida y el compromiso de muchos cristianos en tantas comunidades parroquiales.

Charles Péguy, el gran poeta de la esperanza, compara la fe con una esposa fiel o con un soldado, a la caridad con una madre ardiente y con un hospital, pero llama a la esperanza *la hermana pequeña, la pequeña esperanza* que duerme cada noche y cada mañana hay que despertarla. Y este es el reto que debe proponer la parroquia para convertirse en casa de esperanza. Mostrar la vía que nos brinda la fe cristiana para *despertar y reactivar* nuestra esperanza, de modo que pueda abrirse paso en nuestra historia con su promesa de vida, vida verdadera, vida sostenible, vida eterna, vida para todos. Se trata de una vía pequeña, pero potente. Una vía sorprendente, pero posible. Una vía que aún con su congénita fragilidad constitutiva es capaz de una fecundidad insólita que abraza a todos.

Aun así, para que la parroquia sea capaz de despertarla, de dirigir hacia ella la atención necesaria y de transitarla dejándose guiar por su luz y su presencia, será necesario ser audaces y creativos y, por tanto, modificar perspectivas, cambiar las preguntas, aventurar nuevas y evangélicas respuestas. De ahí surge la necesidad de descubrir las coordenadas que deben guiar y orientar a la parroquia para ser comunidad de esperanza. Y esa brújula la descubrimos mirando a las primeras comunidades apostólicas que son espejo en el que mirarnos constantemente para ser fieles a la misión y al envío del Señor.

I. Las primeras comunidades cristianas, faro de esperanza

Aquellas *comunidades cristianas de la primera hora* revelan un acentuado carácter compuesto y heterogéneo. La fe, el culto y la fraternidad caracterizaban la vida interna de las comunidades cristianas. Irradiaban esperanza. Señalamos algunos textos significativos del Nuevo Testamento que pueden orientarnos en el camino a seguir en nuestras parroquias y ser así manantial de esperanza:



- **Mt, 18:** constituye el denominado *Discurso de la comunidad*. En él, Mateo pone en boca de Jesús algunas consideraciones importantes a tener en cuenta en la vida de la comunidad cristiana. La vida de la comunidad se expresa en unas actitudes que, sin querer ser exhaustivas, son las mínimas necesarias: acoger el Reino con confianza filial, respetar la fe y la formación de los más sencillos, evitando el escándalo y el desprecio; la corrección fraterna, la búsqueda de los perdidos, el perdón continuado como expresión de la presencia del Padre.
- **Hech 2,42-47 y 4,32-35:** dos textos fundamentales de este *evangelio de la comunidad apostólica*, ya que en ellos se nos presentan cuáles son las coordenadas de una comunidad que irradia esperanza. Esas coordenadas son que la comunidad persevera en la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan, en la oración y en el testimonio de la resurrección; además, “se ganaban el favor del pueblo...todos gozaban de gran estima”
- **Rm 12,9-21:** En este texto vemos cómo para Pablo la fe es la norma de actuación del cristiano en el grupo comunitario. Los diferentes servicios y responsabilidades se ejercen con la disponibilidad que brota de la fe. El amor es el protagonista, que se hace concreto en la vida comunitaria y hace posible la alegría por la esperanza que no defrauda. Los ejes de la comunidad, casa de esperanza deben ser: el afecto mutuo, el compartir y la solidaridad, el perdón, la oración, la alegría y la paz.

- **1 Tes 1,1-10:** en esta carta, Pablo nos presenta esa comunidad como un ejemplo a imitar. Él describe las actitudes que tenía esta comunidad de Tesalónica y que la constituyen como modelo: ante todo, por la actividad de su fe, el esfuerzo de su amor, y la firme esperanza que tiene puesta en Jesucristo. Eran fieles al mensaje de Jesús (en medio de grandes tribulaciones). La fe que vivían, celebraban y compartían en comunidad se encarnaba en la vida como fuerza motriz de la vida diaria y del servicio a los demás. Pablo elogia el esfuerzo del amor y la esperanza que irradia esta comunidad, una esperanza comprometida y que responsabiliza con el peso de la historia, con su dolor y su injusticia.

La comunidad apostólica es casa de esperanza y hogar de comunión en un mundo dividido y fragmentado y es para nuestras comunidades parroquiales una escuela viva apasionada por la Buena Nueva de Jesús Resucitado.

II. Perfil de la parroquia, casa de esperanza

Una comunidad parroquial será fiel al evangelio de la esperanza si trata de ser: **Maestra** de silencio y escucha, de caminos de interioridad y de oración profunda. Si es **casa** de Belén, **pueblo** de Emaús, **hogar** de Nazaret, **cenáculo** de puertas abiertas; **Compañera** de camino, sanadora de heridas y experta en integrar a los desplazados de las periferias, en un movimiento sinodal que armoniza el puzle de la historia del pueblo peregrino (*Evangelii Gaudium* 197-201); **Hogar** de hermanos, fomentando el diálogo que une y diseñando puentes de reconciliación; pueblo en humilde búsqueda, barruntando los desafíos del Espíritu (*Evangelii Nuntiandi* 75-76); **Chispa** luminosa que salta con la alegría del Evangelio (*EG* 9-13), torrente que brota del Resucitado; **Pecho** donde se recuestan los necesitados de reposo, consuelo y descanso para sus múltiples dolores (Mt 11, 28-30); **Cristal** que transparente el hogar cálido de Betania (Lc 10, 38-42); **Plaza de libertad** que posibilita transitar con un estilo de vida contracultural (*EN* 12), cimentado en lo esencial y desprovisto de infinidad de cosas que enredan la mente y paralizan la acción y la misión (Lc 10,4); **Comunidad convaleciente y terapeuta**, guiada por el Espíritu, en la onda de Jesucristo y, por tanto de las bienaventuranzas (Mt 5) que remite a aquellos que, en la puerta de al lado, viven la coherencia del sueño del Mesías (*Gaudete et Exsultate* 6-9); **Rincón** del perdón sin condiciones y que se pone al lado de los descartados y olvidados, de los “sin nombre” (Lc 4,14-20); **Mesa** o mantel extendido donde se comparte el pan y se riega con el vino de Caná la vida y la fe, en la actitud vigilante y atenta de María hasta que llegue el gran banquete de bodas (Jn 2, 1-13); una comunidad de **bautizados y enviados** (Lc 10,17), de **discípulos misioneros** (*EG* 119-121), servidora en las Galileas de hoy (*Fratelli Tutti* 56-86); comunidad **pobre y para los pobres** (Mt 12, 44; Mt 25); **Fiel a la Iglesia**, el pueblo peregrino de Dios; **fiel al Concilio Vaticano II** y a la historia, cultura y alma de este pueblo que peregrina en estas tierras de Ourense (*EG* 268).

Una Iglesia que como dice el Papa Francisco en la Encíclica “Fratelli Tutti”: *A pesar de estas sombras densas.... quiero hacerme eco de tantos caminos de esperanza. Porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien* (FT 54). *Invito a la esperanza...La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades.... Caminemos en esperanza* (FT 55).

Manos a la obra para hacer posible la parroquia como casa de esperanza (Rm 12, 12).

EL SACERDOTE LLAMADO A DAR RAZÓN DE SU ESPERANZA

D. Pablo César Rodríguez Carballo

Muchos de nosotros tenemos en la memoria a aquel gran hombre y gran sacerdote, cargado de humanidad y sencillez, lleno de entusiasmo, apasionado de la vida y de la gente: José Luis Martín Descalzo. Dedicó todo un libro de artículos a darnos “Razones para la Esperanza”. A veces nos relataba auténticas historias, otras veces lo hacía en forma de cuento, pero fuese cual fuese el relato utilizado, siempre nos dejaba ese buen sabor de boca y esa inquietud en el corazón que nos predisponía a querer hacer las cosas un poco mejor. Fue un auténtico sembrador de esperanza, de alegría, de amor, de vida... Y nos dio **«razones» para todo ello.**

Y es que no hay nada más alentador para llevar una vida con alegría, que el tener esperanza en todo lo que pasa ante nuestro ojos cada día: los padres tienen esperanza, en que sus hijos sean hombres de ley... El enfermo tiene esperanza, ante la curación de su enfermedad... El trabajador espera, que su trabajo sea útil a los demás... El joven y el niño, esperan que su futuro sea bueno... El sacerdote tiene la esperanza, de ver algún día una Iglesia más unida... Y así podríamos ir enumerando miles de «esperanzas», tantas como habitantes hay sobre la tierra.

«La esperanza es lo último que se pierde», y gracias a ella, vivimos con los ojos puestos en «el día siguiente» para no desfallecer en nuestras ilusiones, esperando que mañana o pasado sean mejores que hoy. ¡Cuánto bien nos hacen todos aquellos que con sus palabras amables y positivas nos animan a seguir creyendo que es siempre posible hacer un poco más y ser un poco mejor...!

Sin esperanza, casi nada tiene sentido y sin ella, casi todo se tambalea. Así, la esperanza se convierte en uno de los pilares fundamentales de la vida del ser humano. Y, entre nuestras tareas como sacerdotes, está la de apuntalar esa esperanza que en tantos hermanos nuestros se encuentra

debilitada por sus flaquezas o corroída por tantos envites a los que se ve sometida su vida. Somos auténticos servidores de nuestra gente cuando su vida nos preocupa de verdad y tratamos de ser para ellos «esperanza que no defrauda».

¿Y qué espera nuestra gente de nosotros?
¿Cómo podemos dar hoy razón de nuestra esperanza?

El Papa Francisco en la Bula de convocación del Jubileo nos dice que la Palabra de Dios nos ayuda a encontrar esas razones. Y en los distintos epígrafes de la misma Bula nos va dejando pistas: “palabra” de esperanza; “camino” de esperanza; “signos” de esperanza; “llamamientos” a la esperanza; “anclados” en la esperanza. **¡Cuántas palabras resuenan cada día entre nosotros! ¡Cuántas escuchamos y cuántas decimos!** ¡Y qué pocas de esas palabras llevan el calificativo de “palabras de esperanza”! Esas son las que realmente nuestro mundo necesita y las que nosotros estamos llamados a pronunciar.

“Palabras buenas, constructivas y oportunas, que hagan bien a quien las oye” (Ef. 4,29). Palabras que aportan, palabras que enriquecen, palabras que buscan siempre el lado más hermoso de la vida y la cara más amable de las personas. Cada palabra pronunciada así, es una auténtica razón para la esperanza.

La vida se ha convertido en una auténtica encrucijada de caminos que en la mayoría de las ocasiones nos devuelven reiteradamente al punto de partida. Eso sí, cada vez más cansados, más desilusionados y con pocas ganas para iniciar de nuevo la andadura. Es aquí donde tenemos que convertirnos en “camino de esperanza” para nuestros hermanos. Ayudarles a levantar la mirada y descubrir un hermoso horizonte, a sentirla presencia del otro, a seguir las huellas de AQUEL que ya lo ha recorrido y que lo sigue recorriendo con cada uno... Son motivos de esperanza para el ca-

mino. Y ese camino nunca nos devolverá al punto de partida y siempre nos llevará un poquito más lejos.

En ese camino, es preciso estar atentos a todo lo bueno que hay en el mundo y convertir los signos de los tiempos en “signos de esperanza”. Y lo hemos de hacer trabajando denodadamente por la paz, por los pobres, los ancianos, los jóvenes, los migrantes, los enfermos, los encarcelados y por la apertura a la vida, a su transmisión, a su dignidad y a su cuidado hasta el final.

Todo puede ser un signo de esperanza y cada uno de nosotros podemos ser una oportunidad para que Dios se haga más presente en la vida de los demás. Nuestro estilo de estar y andar el camino será un auténtico “llamamiento a la esperanza” cuando nace del Evangelio. Compartir lo que soy y lo que tengo y trabajar por la unidad, son las claves que me harán creíble y que harán que mi forma de vivir, sea una poderosa razón para la esperanza.

Todo esto... “anclados en la esperanza”. La imagen del ancla expresa la seguridad de aferrarse a Jesús incluso en medio de las tempestades de la vida. Que, como el papa Francisco dice, nos dejemos atraer ya por la esperanza y, a través de nosotros, sea contagiosa para cuantos la deseen.

Cada uno de nosotros estamos llamados a dar razones para la esperanza. **Éstas y muchas otras. El sacerdote es un hombre que, a la luz del Evangelio, difunde el sabor de Dios a su alrededor y transmite esperanza a los corazones inquietos.** Y no nos olvidemos de que el Reino de Dios, es nuestra esperanza final, y a él debemos dirigir nuestra vida y todos nuestros actos.

Que nuestras razones para la Esperanza sean cada día más fuertes, para que podamos transmitir las a todos los demás, y así desechar de nuestra vida los desalientos y miedos que pasan por ella.

EL DIACONADO PERMANENTE

UNA ESPERANZA PARA LA IGLESIA

D. Amancio José Moure Lorenzo

El papa Francisco, en la bula de la convocatoria del Jubileo Ordinario 2025 *Spes non confundit*, nos hace volver nuestra mirada hacia la esperanza, la cual debe caracterizar la vida y las acciones de cada bautizado y de toda la Iglesia en su tarea evangelizadora.

En esta línea, nuestra Programación Diocesana de Pastoral para el curso 2024 – 2025, tiene como lema *Sal de tu tierra* (Gen. 12,1) y objetivo general: *Salir a anunciar a Cristo, nuestra esperanza*. Objetivo que es una tarea para todos los miembros de la iglesia diocesana, según el carisma y ministerio de cada uno.

También es un reto para los diáconos permanentes ya que nos sitúa a todos en la propuesta del papa Francisco: *En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los*

creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3) [...] Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

La *Ratio fundamentalis institutionis diaconarum permanentium* (1998) centra la

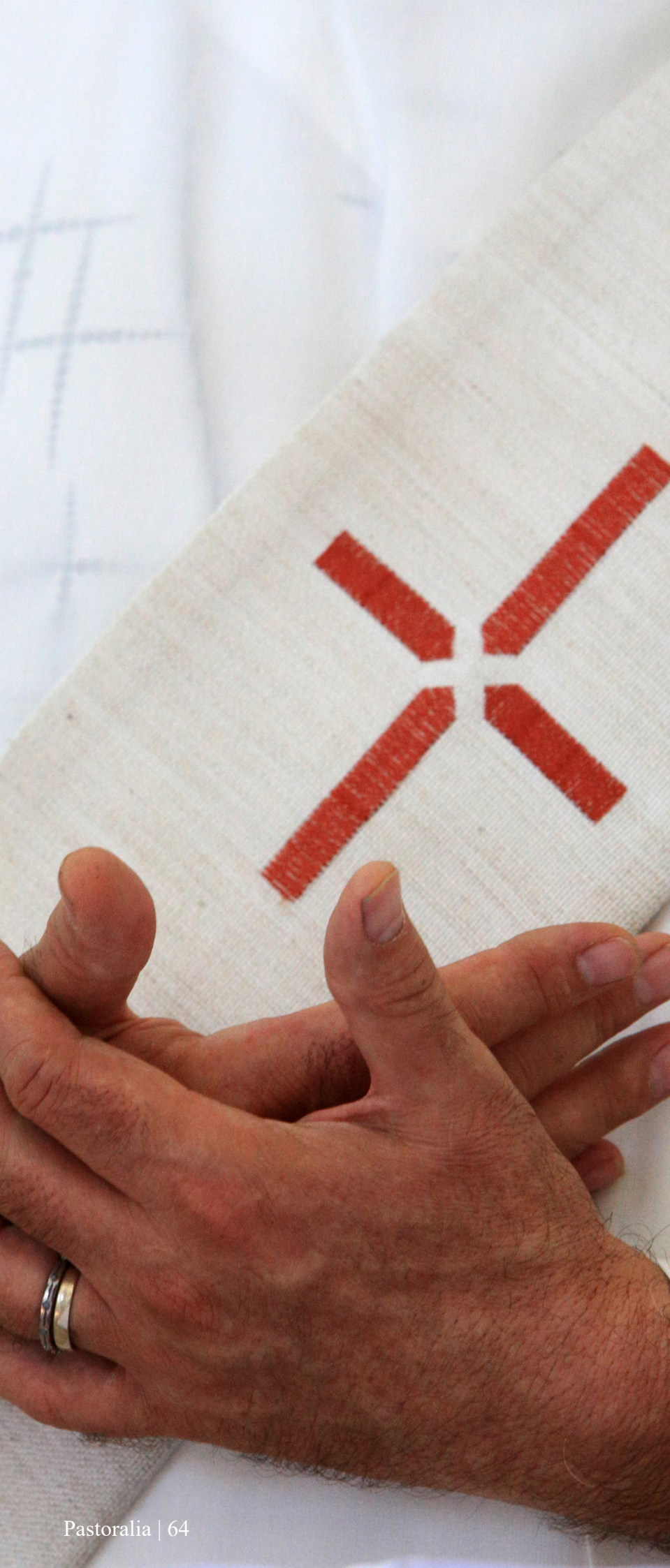
identidad específica del diácono desde la configuración con Cristo, señor y siervo⁴⁰. Una espiritualidad marcada por la “servicialidad”. Servir es crear y es buscar el bien del otro; poner el tiempo, el talento, la preparación, la disposición en beneficio del otro u otros.

El servicio del diácono permanente no se realizará pasivamente sino con creatividad y esperanza, poniendo en juego todas las capacidades, iniciativas y recursos para llevar a cabo este servicio, en comunión con el Obispo y el resto del presbiterio. Todo dentro de una pastoral misionera para una nueva evangelización.

Los diáconos permanentes están llamados a ser “testigos” de ese Jesús que no defrauda y que irradia en los creyentes la luz de la espe-

⁴⁰ Cf. *Ratio fundamentalis institutionis diaconarum permanentium*, nº 5





ranza⁴¹. La misión diaconal, en este sentido, será la de entablar el diálogo en los ambientes en donde se mueve: trabajo, familia y sociedad. Desde una vocación compartida con los laicos (familiar, laboral, social) y en otra parte vivida como “llamada” personal, vocación peculiar y carisma específico dentro de la comunidad cristiana.

Es el papa Francisco quien nos alienta en este camino: *«La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás»* (EG 10).

En un mundo como el actual, secularizado, los diáconos permanentes son llamados a resolver las tensiones existentes entre la apertura a los valores del mundo actual y una entrega incondicional al servicio de Dios y de su Pueblo. Han de ser signos de una atención especial a los ausentes, a los marginados, a quienes no tienen un puesto en la Iglesia. Es misión del diácono anunciar la Palabra a quienes están más alejados de la Iglesia, a los abandonados, los echados, los increyentes, los no-practicantes⁴².

Una vez hecha una aproxi-

41 Cf. *Spes non confundit*, n°3

42 Villalba J., *Diaconado permanente*, pág. 102

mación general a la participación de los diáconos permanentes en la tarea de la nueva evangelización y transmisión de la Palabra con esperanza, es necesario señalar que dentro de las acciones pastorales diocesanas concretas existen algunas a tener en cuenta en virtud de su ministerio: ayudar en la formación básica para laicos a raíz de la presentación del catecismo “Buscad al Señor” y animar a participar en la formación; aprovechar el Jubileo para promover experiencias arciprestales de fe que ayuden a revitalizar la esperanza; animar y organizar la participación en la celebración de apertura del Año Jubilar, en la Catedral, entre otras.

Por último, quisiera poner en valor cómo la figura del diaconado permanente poco a poco es fuente de esperanza para la Iglesia y su ministerio. En España hay 587 diáconos permanentes (datos de septiembre de 2024) y la realidad diaconal ha pasado de estar coordinada por el Comité Nacional para el Diaconado Permanente, a integrarse en la Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios con un obispo vocal.

También se ha creado un Consejo Asesor de los Diáconos con representación de todas las provincias eclesiales. En nuestra Diócesis de Ourense existe una Comisión

para el Diaconado Permanente insertada en la Vicaría Episcopal para la Pastoral. En la actualidad hay un diácono permanente casado y varios aspirantes en formación.

En las diócesis españolas llama la atención la diferente concepción del ministerio, los envíos son muy diferentes en cada diócesis. Mientras en algunas de ellas los diáconos únicamente actúan con parroquias como ayudantes del párroco en otras como por ejemplo san Feliú, Barcelona, Bilbao y Orihuela-Alicante nos encontramos con diáconos en cargos de responsabilidad dentro diócesis como por ejemplo en delegaciones⁴³, como es el caso de nuestra diócesis.

Cabe señalar que, en la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela (Galicia), se están elaborando propuestas para el encuentro y colaboración de los diferentes diáconos permanentes de las diócesis que forman dicha provincia eclesial. Fruto de ello fue la participación en la ordenación diaconal que tuvo lugar en Betanzos el pasado 12 de agosto, festividad de San Lorenzo.

A nivel mundial, en el Anuario pontificio se constata que, en el mundo, se ha pasado de los 29.000 que había en

43 Ludwig E., *El diaconado permanente y sus aportaciones en una iglesia en salida*, pág. 42

2001 a 45.000 en 2016, llegando a los casi 50.000 en la última edición de las estadísticas oficiales. El 97% de los diáconos permanentes está en América, con países como Estados Unidos, en el que hay unos 21.000 –solo en el año 2023 se ordenaron 587 nuevos diáconos permanentes, siendo la diócesis con mayor crecimiento la de Chicago– y cuentan con una presencia importante en Brasil, Argentina, Chile o México; y Europa, donde destacan Alemania y Francia cada uno con más de 3.000 diáconos permanentes⁴⁴.

Podemos terminar recordando que cualquier varón aspirante al diaconado permanente debe estar bautizado. Si el bautismo ha tenido lugar en la edad adulta, deben haber transcurrido al menos 5 años. Debe tener al menos 25 años, si es célibe; 35 años si está casado y con al menos 5 años de matrimonio canónico y permiso expreso de su esposa.

44 Vida Nueva Digital, www.vidanuevadigital.com/2024/07/05/diaconos-permanentes-para-servirle-a-dios-y-a-usted-en-la-otra-orilla/



LA REVISTA "AURIENSIA"

Publicación del Instituto Teológico "Divino Maestro" de Ourense, es uno de los frutos concretos de la afiliación de este Centro a la Universidad Pontificia de Salamanca.

Ha sido inicialmente impulsada por Mons. Carlos Osoro Sierra (1997-2002) y actualmente por Mons. José Leonardo Lemos Montanet.

Disponible para la venta en la Librería Betel



Para rezar del 21 de abril de 2024 (Domingo del Buen Pastor) al 11 de mayo de 2025 (Domingo del Buen Pastor) al finalizar todas las Eucaristías dominicales y festivas, con motivo del Congreso Nacional de Pastoral Vocacional 2025

ORACIÓN DIOCESANA POR LAS VOCACIONES

Padre misericordioso, como peregrinos de la esperanza, acudimos a Ti para suplicar que nos concedas muchas y santas vocaciones.

Danos santos sacerdotes según el Corazón de Cristo que entreguen con generosidad su vida para apacentar a tu pueblo santo.

Bendice a nuestros Seminarios diocesanos y cuida de la formación integral de nuestros seminaristas.

Danos religiosos y religiosas que sean profetas de un cielo nuevo y una tierra nueva en medio de nuestro mundo.

Danos matrimonios y familias cristianas que sean verdaderos espacios de amor, abiertos a la vida, como auténticas iglesias domésticas.

Danos misioneros dispuestos a dar su vida por la obra de la evangelización aquí y hasta los confines de la tierra.

Por la fuerza del Espíritu Santo, **fecunda a nuestra Iglesia diocesana con las nuevas y necesarias vocaciones** a todos los estados de vida cristiana y, ante todo, renueva en todos nosotros la vocación al amor y a la santidad.

Te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, el Buen Pastor, y por intercesión de santa María Madre, de san Martín de Tours y de todos los santos y beatos ourensanos. Amén.



